

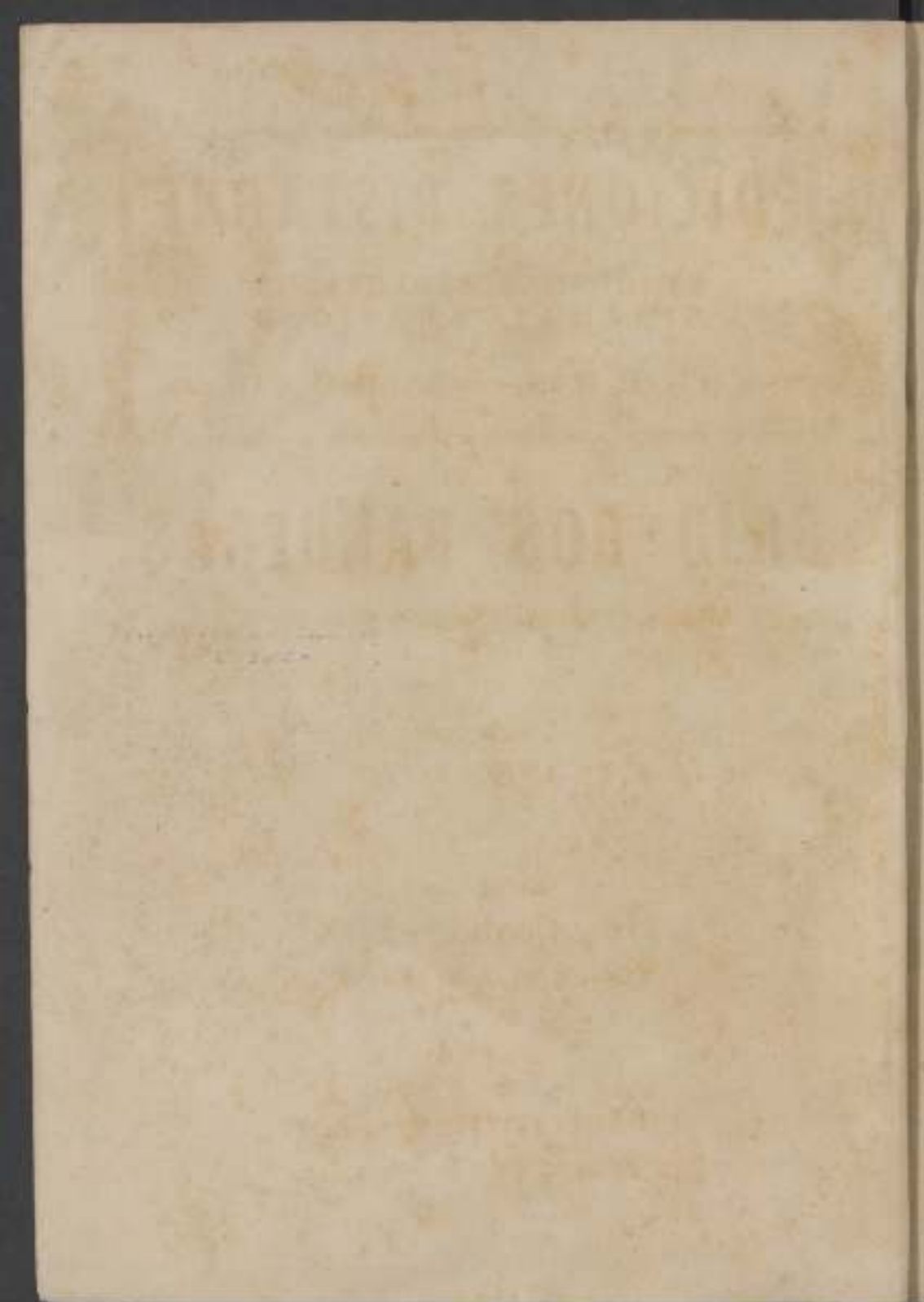
Bajo dos banderas



Rosalind Russell
Ronald Colman

Claudette Colbert
Victor McLaughlin

2'50
Pts



EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

BAJO DOS BANDERAS

Magnífica producción de amor y de guerra

Dirigida por
FRANK LLOYD



Es un film

20th. Century - FOX

(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES:

Rosalind Russell

Claudette Colbert

Ronald Colman

Víctor McLaglen

**Argumento narrado por
Ediciones Bistagne**

BAJO DOS BANDERAS

Argumento de la película

Allá, en lo más apartado del corazón africano, lindando con el desierto, próximo a todos los peligros, junto a los más encantados misterios de aquel país salvaje y heroico, en la tierra árida y peligrosa de los musulmanes, se alzaba el fortín, la última avanzada de la civilización europea en la región inhóspita y apenas civilizada.

Abeshe, el cuartel general de las tropas francesas, era el lugar más alejado de toda civilización, el fortín donde se refugiaban los soldados del Tercio y las tropas regulares, el lugar al que los europeos daban el nombre de infierno y al que se acogían, como a un último baluarte, los desheredados, los perseguidos, los amargados, los desesperados de la vida, los que en la tierra de la civilización y de la ciencia

no hallaban medio ambiente para seguir luchando con la vida y se iban allá a luchar con la muerte, a esperarla con ansia como el supremo olvido de todos sus males.

La vida en Abeshe no era halagüeña. Tenían que trabajar duramente en el ejercicio militar para estar bien entrenados y dispuestos en todo momento a salir a luchar contra las tribus árabes, siempre dispuestas a atacar al invasor.

Pero Abeshe tenía un encanto, el encanto al que se acogían aquellos pobres parias como a una alentadora tabla de salvación: el Café Cigarette, en donde la hija del propietario, la bellísima y encantado Cigarette, que daba nombre al establecimiento, era la que endolcizaba la vida de los pobres soldados. Cigarette era una chiquilla.

¿Diez y seis? ¿Diez y ocho? ¿Veinte años? ¿Qué importaba! Era una chiquilla linda, graciosa, traviesa, que sabía jugar y que sabía reír y que sabía contestar a las bromas de sus amigos, a sus piropos, a sus proposiciones no siempre demasiado cargadas de buena voluntad. Cigarette reía con todos, se divertía con todos, atendía a todos...

Cigarette era el alma del Café. A él acudía la soldadesca en busca de vino y de alegría. Cigarette servía el vino y despertaba la alegría de sus ojos, de su boca que siempre sabía reír, de sus palabras que siempre sonaban a cascabeleo, de sus risotadas que eran como un eco alentador para los corazones de todos aquellos hombres.

En el cuartel se hablaba de la muchacha con cariño, y se disputaban entre sí los soldados queriendo ser cada uno de ellos el favorito de la chiquilla que a todos hacía caso y con ninguno se comprometía.

El que se creía más favorecido por la amistad de Cigarette era el comandante Doyle, un hombretón alto y fuerte como una torre que había hecho toda su carrera militar en el África y que iba adquiriendo grados y galones a fuerza de tesón, de heroicidad y de abnegación por la bandera del Tercio en

la que había entrado a servir como simple soldado. Doyle era el tipo perfecto del soldado aguerrido y fuerte que no teme a nada, que todo lo desafía y que sabe cumplir estoicamente con su deber, aunque su deber le imponga ir en busca de la muerte a cada instante.

Doyle era implacable en sus órdenes. Había puesto aquella mañana un anuncio en el cuartel dando la orden terminante de formar la 14 Compañía, de la que él era comandante, y de que estuvieran dispuestos a salir inmediatamente.

La orden había sido recibida con un poco de recelo y de protesta por parte de los soldados. Estaban cansados de los ejercicios militares y de otras largas excursiones a las que se les había sometido para recorrer el territorio dominado por los franceses y vigilar de cerca a las tribus a las que no se les podía dejar en demasiada confianza, pues cuando no sentían el rigor de los colonizadores hacían sentir ellas el rigor de su venganza.

Doyle comprendió que a sus hombres no les gustaba la orden de partida y encarándose con el capitán, le dijo, en tono autoritario:

—¿Ha leído usted la orden?

—Sí, mi comandante — replicó el interpelado llevándose la mano

a la gorra y saludando militarmente.

—¿Están todos dispuestos a marchar?

—Sí, mi comandante.

—¿Y saben dónde van?

—No, mi comandante.

—Pues van a Manchería—replicó Doyle, sonriendo con sorna, porque sabía que la noticia había de desagradar al mismo capitán.

—¿A Manchería?... ¡Pero si está a cuarenta kilómetros!... ¡No puede ser!... La tropa está cansada... Hace semanas que no ha recibido ningún relevo...—murmuró el capitán.

—¿Relevo?... ¿Cansancio?... ¿De qué me está usted hablando?... ¿Desde cuándo el Tercio ha necesitado descanso o relevo?... Cada soldado tiene su cantimplora llena de agua, su fiambrera con buen rancho... y si no lo tienen, el cielo les ayudará... El Tercio no puede mirar esas nimiedades... He dado orden de partida y es preciso partir ahora mismo.

—A la orden, mi comandante—contestó el capitán cuadrándose y teniendo la seguridad de que era inútil discutir con aquel hombre de voluntad de hierro y de firme carácter militar.

Formóse la compañía al toque de las cornetas y, acompañados por

cornetas y tambores, marcando el paso, salieron camino de la lejana Manchería.

Desde la puerta del café, el padre de Cigarette vió partir a la tropa. Sus ojos estaban dilatados por el asombro y la desesperación. Todos aquellos hombres tenían crédito abierto en su establecimiento, todos le debían cantidades bastante considerables para su negocio reducido, todos se iban dejando tras sí aquella deuda que no pagarían jamás, y el pobre hombre se llevaba las manos a la cabeza, presa de la más terrible desesperación.

—¡Cigarette!... ¡Cigarette!... ¡Se van!... ¡Se marchan sin pagar sus cuentas!—gritó el pobre hombre, llamando a su hija y mostrándole el montón de facturas que tenía pendientes de cobro y que representaban la ruina de su pequeño establecimiento de bebidas.

—¿Que se van?—gritó la chiquilla agitando su cabecita de pelo enmarañado y rizado.—¿Pero por qué se van?... ¿Quién les manda marcharse?

—¡Se van!... ¡Y no regresarán hasta dentro de seis meses lo más pronto!... ¡Y nosotros estamos arruinados!

—Vamos, no grites así. Dame esas cuentas... Yo voy a arreglar el asunto... Verás tú qué bien me des-

pacho—replicó la muchacha, cogiendo las facturas y echando a correr con todas sus fuerzas.

Llegó casi sin alientos hasta el despacho del comandante en el que solía entrar sin previo aviso, porque todos conocían a Cigarette y todos sabían la predilección que por la niña sentía aquel hombre fuerte y pendenciero, en apariencia, pero en el fondo, blando y dulce como una refinada mujercita.

—¡Cigarette! —murmuró el comandante Doyle sonriendo con toda su boca enorme al ver a su mujercita favorita.

Cigarette se detuvo. No estaba solo el comandante, sino que con él había un desconocido. Y Cigarette se había quedado un poco cortada ante aquel hombre.

—La señorita Cigarette; el capitán Menzies —dijo presentándoles. Y añadió, dirigiéndose al capitán: Cigarette es la propietaria del único café que hay en el pueblo, y es la muchacha más encantadora que ha nacido de madre. Supongo que viene a formular alguna queja contra los soldados... Siempre está inventando quejas contra ellos... Pero a mí me gusta que se venga a quejar, porque así tengo tiempo de admirarla, ¿no le parece?

—Me parece que si yo estuviera aquí de guarnición, procuraría que

todos los días tuviera que venir la señorita Cigarette con alguna queja —sonrió el capitán maliciosamente, mirando a aquella criatura semisalvaje, pero bella, de una espléndida belleza, hecha de juventud y de alegría—. Además, acaso algún día podría ayudarme a comprar y seleccionar mis caballos... Las mujeres saben a veces más de estas cosas que nosotros.

—¡Cómo!... ¿Ha venido usted a comprar caballos? —inquirió Cigarette abriendo tamaños ojos—. Pues yo puedo adiestrarle en esos mercados del diablo que forman los árabes. Estoy segura de que si se deja guiar por mí, se llevará los mejores caballos del país.

—Encantado de su oferta, señorita, que acepto desde ahora. Nada será para mí tan agradable como dejarme guiar por la mujer más bonita que hasta ahora he conocido.

El capitán Menzies se puso en pie. Comprendía que Cigarette no formularía su queja en su presencia, y dejó solos a la chiquilla y al comandante Doyle que dió un hondo suspiro cuando vió salir a Menzies, pues hacía rato, desde que había entrado Cigarette en su despacho, que deseaba quedarse a solas con ella.

—¿A qué has venido?—le preguntó a la muchacha, acercándose

a ella con aires de conquistador.

Pero Cigarette retrocedió unos pasos, mostró las cuentas que consigo traía y dijo con la voz indignada y la mirada fulgurante de ira:

—Vengo a decirle que sus soldados sólo sirven para robar a unos pobres y sencillos comerciantes como mi padre y yo... Sí, señor, nos han robado y usted tiene la culpa de todo... porque ha dado la orden de que los legionarios partieran sin que tuvieran tiempo de venir a saldar sus cuentas... ¡Y ahora no veremos jamás el dinero que llevamos adelantado!

—Vamos, vamos, pequeña, no te exaltes... cálmate... Yo no he querido lesionar vuestros intereses... No he dado la orden de partida puramente para fastidiaros a tu padre y a ti, sino porque era mi deber darla.

—¡Su deber!... ¡Su deber!... Yo creía que no tenía otro deber en el mundo, más que ayudarme a mí que soy una pobre criatura desvalida — gimió Cigarette, queriendo atraerse más y más la simpatía del comandante, a fin de conseguir el propósito que a él la llevaba.

—Bueno, bueno, vamos con calma lo que por ti puedo hacer... No seas niña y no te enfades por tan poca cosa. ¿Qué quieres que haga?

Tardó unos segundos Cigarette en dar su contestación; no se le escapaba que era mucho exigir lo que iba a pedir al comandante... pero tampoco se le escapaba a Cigarette el ascendiente que sobre el comandante tenían su belleza y su juventud.

—Quiero que des orden de que los legionarios regresen al pueblo —dijo, mirando fijamente a Doyle.

—¿Ordenar que vuelvan?... No, no, pídemelo lo que quieras menos eso... ¿No comprendes que no puedo hacer eso?

Cigarette se le acercó y lo envolvió con la tentación de su cuerpo y de sus miradas provocativas.

—No, no me vengas con tus aires de gatita mimosa — dijo Doyle, queriendo defenderse—. Te conozco demasiado... No puedo hacer lo que me pides...

—¿No?... ¿Ni por tu Cigarette? —preguntó la chiquilla poniéndose más mimosa aún.

—No, no puedo hacerlo —afirmó Doyle con energía, sin mirar a Cigarette, pues temía que si la miraba, toda su energía desapareciera, derretida por el calor de aquellos ojos deliciosos que parecían burlarse de él tras las largas y sedosas pestañas que los sombreaban.

—¡No!... ¡Y luego dices que me

quieres!... ¡Vaya un cariño, que en cuanto te pide un pequeño sacrificio, pliega velas y vuelve la espalda! — dijo Cigarette, empeñada en obtener de Doyle lo que ella quería.

—Oye, Cigarette, ¿te he negado nunca nada de lo que me has pedido, cuando se ha tratado de una cosa puesta en razón?

—No... En verdad... siempre has sido conmigo muy amable...

—Amable y condescendiente — añadió Doyle, mirando a la chiquilla con significativa mirada—. Yo te he concedido siempre cuanto me has pedido... y tú siempre has ido aplazando lo que yo te pedía y me has hecho vivir de promesas y promesas...

—Es cierto... pero ya pronto serás coronel... y entonces...

—¡Oh, ya no creo en esas promesas!... Cuando no era más que capitán, me dijiste que cuando llegara a comandante... y ahora ya exiges que llegue a coronel... ¡Eres un diablillo travieso y delicioso!... Algunas veces me dan ganas de cogerte y darte una paliza como a una niña malcriada... Dime, chiquilla, ¿me quieres o no me quieres? — preguntó Doyle, acariciando con sus ojos encendidos en deseo a aquella criatura que jugaba y se divertía con él con toda la malicia

de una experta en lides de amor.

—Sí, te quiero... pero te querré mucho más cuando seas coronel, y entonces... —dijo Cigarette con mucha coquetería, dejando adivinar muchas más promesas de las que en realidad estaba dispuesta a hacer.

—¿Entonces qué? — inquirió Doyle viendo que Cigarette se callaba.

—Entonces... —sonrió la chiquilla, acercándose a él muy mimosa, y cogiéndole de un brazo con gesto de cariño, interrogó—: ¿Ordenarás que los legionarios vuelvan al pueblo?

Doyle despertó de su sueño. Ahora comprendía por qué Cigarette se mostraba tan cariñosa con él, y tan propicia a halagüeñas promesas. Rabioso, la cogió por un brazo y la sacudió violentamente:

—No, no, no y mil veces no — replicó, lleno de furia.

—¡Bruto, me haces daño! —gritó la chiquilla, escapándose de aquel apretón que la lastimaba.

—Perdóname, nena... —murmuró Doyle avergonzado de su acto brutal, acariciando ahora el brazo que había estrujado entre su mano fuerte y dura—. Te compraré una pulsera para hacerte olvidar el daño que te he hecho... ¿O prefieres que te lo cure con un beso?

—No, déjame, no quiero besos... Si mandas que los legionarios vuelvan al pueblo, te dejaré que me beses... y quizás también te besaré yo—añadió Cigarette, volviendo a su tema, como una niña mimada que está acostumbrada a salir siempre con todos sus caprichos.

—Cigarette... Cigarette... —llamó Doyle, viendo que se marchaba precipitadamente de su despacho. Y no consiguiendo detenerla, hizo sonar un timbre, y dijo al ordenanza que compareció a su llamada:

—Que se envíe inmediatamente un mensajero especial a la 14 División, ordenándole que regrese a su base.

Apenas había salido el ordenanza a transmitir la orden del comandante, cuando entró en el despacho, el coronel Ferol, ante el que se cuadró militarmente Doyle.

—Acabo de tener noticias de que Sidi Youssiff ha atacado a la 17 Compañía en pleno desierto —dijo el coronel Ferol—. Creo que el convoy ha quedado por completo destruido, pero por si acaso han logrado salvarse algunos hombres, es preciso que salga inmediatamente con un batallón de cazadores en busca de los restos del convoy atacado por los árabes.

—¡A la orden, coronel!—replicó Doyle, volviendo a saludar mi-

litarmente y disponiéndose a cumplir la orden recibida.

Doyle y sus hombres salieron de la ciudad antes de la media hora de recibir la orden de partir. Los caballos anduvieron por las arenosas llanuras con paso ligero. No podían vacilar en llevar ayuda a los que posiblemente estarían muy necesitados de ella, pero las noticias del ataque del convoy eran tan vagas, que se hacía difícil encontrar la pista en las inacabables arenas del desierto sin fin. Doyle iba a la cabeza del pelotón de cazadores. Sus ojos, acostumbrados a divisar la menor huella humana, buscaban en vano e indagaban en aquella soledad con el ansia de conocer.

—¡Alto!—gritó de pronto Doyle, deteniendo su caballo con un fuerte frenazo de las riendas, que hizo encabritar al animal.

En seco se paró el pelotón de cazadores y los caballos relincharon como si presintieran algo terrible y catastrófico. En efecto, medio enterrados en las arenas, estaban los cadáveres de algunos moros y de varios europeos. Aquí y allá, se veían rostros tumefactos, contraidos espantosamente por la mueca de una muerte trágica. Doyle se llevó la mano a la gorra y murmuró:

—¡Pobres diablos!... Les han martirizado antes de asesinarlos... Sidi Ben Yousiff conoce a fondo todo el refinamiento de la maldad y lo ha empleado plenamente con esos pobres diablos... Pocos habrán podido escapar de sus manos... si es que alguno ha quedado con vida. ¡Adelante, amigos!—gritó, volviendo a poner su caballo al trote.

Y la caravana siguió marchando por las arenosas rutas sin fin, en busca de lo desconocido, dejándose guiar más por el instinto de los caballos que por una pista cierta que pudiera conducirles hasta donde habíase cobijado aquel puñado de hombres que había podido salvarse de las garras de las tribus de Sidi Ben Yousiff.

Pocos eran los hombres que se habían salvado. Agazapados tras unas piedras enormes, se habían hecho fuertes, hasta conseguir vencer la resistencia de los árabes que se habían cebado en sus compañeros.

Y así habían pasado todo un día y una noche, y así pasaron al siguiente día, sin apenas darse cuenta de las horas que habían transcurrido desde que se vieran atacados y detenidos en su camino hacia el fortín de Abeshe, donde iban a relevar a la 14 Compañía.

Era preciso precaverse y estar alerta, porque nadie les podía ga-

rantizar recibir socorro inmediato, y era preciso repartir las provisiones que se habían podido salvar, en forma que, abasteciendo a todos, duraran el mayor tiempo posible. Los soldados, sin embargo, inconscientes y hambrientos, se habían apoderado de las provisiones como fieras, y abrían las cajas y descorchaban las botellas con la inconsciencia de la desesperación, sin darse cuenta de que la templanza era en aquellos momentos la virtud que más debían haber ambicionado.

—¿Qué hacéis, desgraciados?—les gritó el cabo Víctor, deteniendo a aquellos locos que se dis-

ponían a acabar con las provisiones en menos de media hora—. Hay que racionar lo que tenemos y hacerlo durar el mayor tiempo posible... en espera de que nos llegue algún socorro... Comeréis lo más indispensable...

—Oye, ¿pero tú te has creído que eres un general?—replicó uno de los soldados que ya se relamía los labios, pensando en el banquete que se iban a dar.

—En estos momentos, soy el tipo perfecto del más perfecto general — replicó el cabo Víctor con energía, imponiéndose a aquel puñado de hombres con el gesto, con la mirada, con su actitud resuelta y con su energía indomable—. Vamos, seamos amigos y seamos razonables... ¿Qué preferís?... ¿Que podamos esperar socorro durante un par de semanas si nos distribuimos sabiamente las provisiones, o que nos muramos de hambre y seamos pasto de cuervos de estas arenas desoladas?

—Tienes razón, cabo — afirmó uno de los soldados—. Por mi parte estoy dispuesto a obedecer.

—Y nosotros también —añadieron los otros.

Víctor sonrió y saludó militarmente. Se había hecho suyos a aquellos hombres, y ahora toda la responsabilidad era para él. A él,

pues, incumbía el reparto de las provisiones, y él era el responsable de la vida de sus compañeros. Era preciso predicar con el ejemplo, y comenzó por quedarse con la ración más insignificante, en aquel primer reparto de víveres.

El cabo Víctor era un hombre joven llegado al Tercio hacía muy poco tiempo. Era inglés. Entre aquel grupo de hombres franceses, su figura se destacaba más notoriamente, porque había en ella toda la elegancia, todo el empaque del verdadero gentleman unida a una sencillez nativa, de gran señor, y a un aire de misterio que le hacía todavía más interesante y atractivo. Sus ojos negros, profundos, tristes, miraban con dulzura y guardaban tras sus pupilas un secreto angustioso. Nadie sabía el porqué aquel hombre que parecía nacido para lucir en los salones de la más alta aristocracia había ido a parar al desierto, entre la abigarrada muchedumbre de la Legión, a la que se acogían tantos y tan diversos caracteres humanos.

—Como supongo que el coronel jamás me invitará a comer a su mesa, bueno es que me aproveche de lo que a él iba destinado —dijo el cabo Víctor, mientras devoraba con buen apetito la parte que le había correspondido.

—No creo que el coronel tenga nada que decir a ello—añadió un soldado, siguiendo la broma iniciada por Victor—. Estoy seguro de que si nos viera en estos momentos estaría contento de poder ofrecernos lo que nos hemos tomado por nuestra propia mano. Espero que no se enfadará con nosotros.

—Esperemos que no se entere... Siempre podremos excusarnos diciendo que fueron los árabes los que se comieron el foie-gras y se bebieron el château La Tour 1875...

Así pasaron los días. Y las semanas. Parecía que ningún auxilio humano podía llegar hasta ellos. Las provisiones iban acabándose y algunos soldados habían caído enfermos de angustia, de calor, de falta de alimentación fecunda y de bebida que mitigara la sed inextinguible que da el desierto.

—Ya sólo quedamos veinte hombres... —murmuró Victor, acercándose a Rake, al fiel Rake que había sido su ayuda de cámara en Inglaterra y que había querido seguirle a la Legión para no abandonar a su amo en el momento de la prueba—. ¿Cómo te encuentras, Rake?

—Estoy mejor, señor, mucho mejor... Esa bebida que el señor me da me devuelve a la vida.

—Es el Château La Tour 1875,

mi buen Rake... Aprovechate, porque no volveremos a probar ni una gota de él mientras estemos en este país.

—¡Château La Tour! ¿No le hace recordar al señor su casa, su patria, su madre... su hogar?...

—¿Mi hogar?... No, Rake, no quiero recordar nada de eso... Bebe, bebe pronto... bebe y no me hagas recordar...

Bebió Rake ávidamente el vaso que su señor le presentaba y de pronto sus ojos se iluminaron.

—¡Vienen en nuestro auxilio!... ¡Oigo el galope de los caballos! —dijo, mirando a lo lejos como si quisiera penetrar en el misterio insondable del desierto.

Victor se puso en pie. También a él le había parecido escuchar el galope de unos caballos... ¡Sí, ya se acercaban, levantando una nube de polvo!... Mientras no les confundieran con una tribu del desierto y no les atacaran...

—¡Eh, no disparen!... ¡Somos nosotros!... ¡La 17 Compañía!... —gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

Pero ya estaba ante ellos el grupo de cazadores con el comandante Doyle a la cabeza que, enfrentándose con Victor, le interrogó sin palabras, clavando en el joven sus ojos escrutadores.

—Somos de la 17 Compañía— dijo Víctor, saludando militarmente y cuadrándose ante el comandante.

—¿Dónde tenéis apostados vuestros centinelas? ¿Dónde están las ametralladoras que podrían defenderos de un posible ataque de los árabes?

—Todo estaba presto, mi comandante — replicó Víctor mostrando a los centinelas y a las ametralladoras sabiamente disimuladas por un montón de arena.

—Perfecto —replicó Doyle, satisfecho—. ¿Cómo te llamas?

—Victor, señor.

—Te felicito, cabo—dijo Doyle estrechando la mano del joven inglés.

—Gracias — contestó éste con una sonrisa.

—¡Oh, veo que no os dábais

mala vida!... — exclamó Doyle mirando las cajas de provisiones abiertas y vacías—. ¿Sabíais que todo esto venía destinado al coronel?

—Sí, señor, y yo soy el responsable único de lo que pueda ocurrir... Pero necesitábamos comer hasta que nos llegara socorro.

—Bueno, bueno, no está mal... pero ya veremos qué dice el coronel cuando lo sepa... Vamos, da orden a tu pelotón de que se ponga en marcha... Tú montarás en mi mismo caballo... Vamos...

Los supervivientes de la 17 Compañía fueron así llevados por aquel pelotón de cazadores que había ido a salvarles, hasta el pueblo de Abeshe, donde se alaba el fortín, última avanzada europea en el confín del Africa salvaje y misteriosa.

Cigarette, como todas las noches, revoloteaba en torno a las mesas del café, sirviendo a los soldados que a él acudían, embromándoles con su gracia habitual.

La chiquilla se dejaba querer

por todos y les quería a todos por igual. Le parecían los soldados de la Legión, como si fueran sus hermanos mayores, y se divertía con ellos como una perrita faldera se divertiría con las travesuras de un

grupo de niños que con ella quisieran jugar.

En una de las mesas estaban sentados aquella noche el comandante Doyle y el capitán Menzies. Cigarette se acercó a ellos con su sonrisa chispeante y seductora y, apoyándose sobre la mesa con un gesto gracioso, les preguntó:

—¿Qué va a ser?... ¿Qué desean mi comandante y el capitán que ha venido a comprar caballos africanos?

—Señorita, veo que no se ha olvidado de mí, y espero que me ayudará en la busca de buenos caballos de carreras. Estoy seguro de que usted conoce bien la raza, y cuento con usted.

—Tendré mucho gusto en ayudarle—replicó Cigarette.

—¿La atendió bien el comandante el día que fué a formular ante él su queja?—inquirió Menzies que estaba vivamente interesado por aquella chiquilla.

—Sí, sí, el comandante ha sido siempre muy amable —se apresuró a contestar Cigarette, acariciando con la mirada a Doyle que se esponjó de dicha.

—¡Ah, qué dichosos son ustedes!... ¡Veo que forman un encantador flirt: la fuerza junto a la gracia y la delicadeza!...

—Un flirt, sí, un sencillito flirt—añadió Doyle con un poco de amargura—. A Cigarette le gusta flirtear con todos, pero no tiene favorito ninguno... Es una especie de mascota del regimiento, y todos la queremos mucho. El regimiento entero la adora, porque es ella la que saca de apuros casi siempre a los soldados.

—Dichoso el regimiento que tiene por mascota a la mujer más bonita de la tierra.

Cigarette no contestó. Acababan de entrar en su establecimiento tres soldados. Uno de ellos le había llamado poderosamente la atención. No se parecía en nada al tipo corriente que acostumbra llegar a la Legión extranjera. El que hoy llegaba a su café por primera vez no tenía el mismo aire que los demás, sino que había en sus maneras, en sus modales, en todo el porte de su persona, algo inconfundible de aristocracia y de distinción que a Cigarette le produjo el efecto de un escopetazo: si algún favorito había de tener la mascota del regimiento, aquel favorito era el soldado nuevo que acababa de entrar en el café.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó Cigarette a un soldado.

—Es Victor, el cubo que salvó a la 17 Compañía.

—¡Ah!... — exclamó Cigarette, todavía más interesada por aquel hombre del que había oído hablar repetidamente, pero al que aun no conocía. Y cogiendo una jarra de vino, se acercó a la mesa donde estaban Víctor y los otros dos soldados, y le dijo con su más encantadora sonrisa:

—Bienvenido sea a mi café, cabo Víctor.

—Gracias, señorita — replicó Víctor distraídamente—. Tráiganos tres vasos de vino, haga el favor.

—Pero... pero... yo soy Cigarette... —dijo la muchacha, extrañada de aquel frío acogimiento.

—Tanto gusto... Pero dese prisa, que tenemos mucha sed y necesitamos tres vasos de vino.

—Tengo la costumbre de obsesionar con una jarra de buen vino al soldado que viene a este café por primera vez... si me simpatiza... y aquí está la jarra — añadió Cigarette, mirando con coquetería a Víctor y poniendo ante él la jarra de vino que llevaba en la mano.

—¡Oh, gracias, no necesitamos vino, sino únicamente los vasos. Traemos buen coñac, y lo preferimos a su vino — contestó Víctor siempre distraído, sin hacer caso de las coqueterías e insinuaciones de la muchacha.

—Así... ¿desprecia mi vino? —

exclamó Cigarette con indignación—. ¡Se traen coñac!... ¡Como si en nuestra casa no tuviéramos buen vino!

—No se enfade por tan poca cosa, señorita... Acaso luego podamos hacer debidamente los honores a su vino.

—No, no hay vino para usted ni ahora ni luego — gritó Cigarette, llena de indignación, volviendo la espalda a Víctor y alejándose rápidamente de su lado mientras éste y sus compañeros se reían a carcajadas ante el coraje de la chiquilla.

Cigarette quiso vengarse de aquella afrenta, y comenzó a cantar, coreada por los soldados que habitualmente acudían al café.

Mientras cantaba, no apartaba los ojos de la mesa ante la cual estaban Víctor y sus amigos. Cigarette se había sentido cautivada súbitamente por el porte serio, por el aire aristocrático, por la sombra de misterio que brillaba en los ojos del nuevo legionario y, sobre todo, se había sentido humillada al ver el poco caso que de ella hiciera el recién llegado, cuando estaba acostumbrada a recibir inmediatamente los halagos de cuantos llegaban a aquel apartado rincón de la tierra.

Cigarette, con toda coquetería, iba cantando por entre las mesas,

y dejando para el final, el llegar hasta aquella en la que Victor estaba contemplándola con los ojos brillantes y un tanto burlones, porque ya el coñac que se había bebido el soldado, comenzaba a hacer efectos extraños en su cabeza.

Cuando llegó junto a él la muchacha, Victor la cogió en sus brazos y la llevó así, en volandas, hasta los brazos de otro soldado que la estaba esperando desde hacía mucho rato, y en el que Cigarette no se había fijado, pues sólo tenía ojos para Victor.

—Déjeme... déjeme... No quiero que me coja...—se defendía Cigarette, protestando enérgicamente contra el atropello.

—Señorita, debo darle las gracias por la noche deliciosa que nos ha dado, y por su canción, que me ha gustado mucho. Hasta la vista.

Cigarette se mordió los labios con rabia, viendo que Victor se alejaba del café sin dirigirle un cumplimiento personal, una mirada de admiración, una palabra que pudiera hacerla comprender que el legionario se había fijado en ella con el mismo entusiasmo e igual ilusión con que ella se había fijado en él. Le siguió con saña, y sacando de su cintura un pequeño puñal, lo arrojó contra él, clavándolo en un árbol que estaba junto a Victor.

Volvióse éste prontamente al sentir tan cerca de sí el peligro, y se enfrentó con su agresora que le miraba con los ojos encendidos de ira.

—¡No se mueva, o le mato! —gritó Cigarette.

Pero Victor había sido muy ágil, y cogiendo a su vez el puñal de Cigarette, apuntó contra ella diciéndole al mismo tiempo:

—Si da un paso más, quien la mata soy yo.

—¡Oh!... ¡A mí, socorro!—gritó Cigarette poniendo en alarma a todos los concurrentes del café—. ¡Socorro, socorro, que me quieren matar!...

Acudieron precipitadamente todos los soldados, y con ellos el comandante Doyle y el capitán Menzies. Cigarette se dirigió a ellos con ímpetu.

—Comandante —dijo a Doyle, casi abrazándole—, arreste a ese hombre que ha querido matarme en mi propia casa... ¡Es un asesino!... ¡Que se vaya!... ¡Que se vaya!... ¡No quiero verle jamás!...

—Señorita, antes de marcharme quisiera entregarle su propio puñal... No soy yo quien quiso matar... —dijo Victor con galantería y con ironía al propio tiempo.

—Déjeme... déjeme... Váyase... no quiero verle —murmuraba Ci-

garete llorosa y jadeante, mientras iba a esconderse rápidamente en el interior de su casa, dejando la sala del café, en donde los soldados reían del incidente, y el capitán Menzies decía a su compañero:

—Me parece que esa niña protesta demasiado para que sea sincera su protesta... Grita al cabo que se marche, con una voz y un acento que parecen estar suplicándole que se quede... Tiene gracia ese asunto, mucha gracia... ¿no es verdad, comandante?

—¿Eh?... ¡Ah, sí, sí, mucha gracia! — replicó Doyle con mal humor, pues veía que Cigarette distinguía demasiado a aquel intruso.

A Víctor no le disgustaba la muchacha. Pero había ido a África a olvidar, y para olvidar no era oportuno comenzar una aventura que nadie podía saber hasta dónde podía llegar. Víctor salió del café sonriendo por el enfado de la niña y marchó al cuartel. No le disgustaba la vida de la Legión, aunque hacía sólo cuarenta y ocho horas que a ella había llegado después de la tragedia del desierto. Y creía que se acostumbraría a ella rápidamente si las cosas no empeoraban y no surgía ninguna dificultad.

Sentado al borde de su cama comenzó a remendarse la chaqueta

desgarrada en el café por la lucha sostenida con aquella criatura semisalvaje, bonita como pocas, que había querido congraciarse con él y de la que se había burlado un poco con su escepticismo de hombre de mundo.

Rake, su antiguo ayuda de cámara, que no podía acostumbrarse a tratar a su señor como a un igual y que no lograba habituarse a darle su tratamiento de cabo, se acercó a él y le dijo con todo respeto:

—¿Por qué no me permite el señor que le cosa yo la ropa?

—Porque todo el mundo extrañaría que un cabo, un simple cabo, no supiera remendar su chaqueta, y aun extrañaría más que hubiera un soldado tan amable que se ocupara de sus cosas con tanto cariño y tanto respeto como lo haces tú, Rake. ¿Cuándo olvidarás que soy el señor? ¿Cuándo te acostumbrarás a llamarme cabo en lugar de llamarme señor?

—Se me hace tan difícil, señor... digo, cabo...

Rake dirigió a su amo una mirada de perro fiel y de pronto, no pudiendo contenerse, soltó una franca risotada.

—¿Qué te pasa? — le preguntó Víctor.

—Me río al pensar qué dirían

algunas gentes de Londres si vieran al señor en estos momentos.

—Es verdad... Seguramente se reirían como tú, Rake... Pero como no pueden verme, como nadie sabe dónde ha ido a parar este que hoy no es más que un anónimo legionario, no podrán reírse, y eso saldrán perdiendo. La risa hace siem-

pre mucho bien. ¿No te parece que la 14 Compañía es un lugar muy divertido? A mí me gusta, Rake, y estoy contento de haber venido a ella. Todos nuestros compañeros parecen buenos muchachos. Me parece que vamos a ser muy felices en este rincón de tierra.

...

La heroicidad mostrada por el cabo en la aventura del desierto, le valió el ascenso a sargento, decretado por el comandante Doyle, según órdenes recibidas de la superioridad, porque si al comandante Doyle le hubieran consultado, era seguro que no hubiera concedido el ascenso al que él consideraba un mequetrefe y al que comenzaba a odiar por la predilección que Cigarette le había demostrado.

Victor recibió el ascenso con indiferencia. No había ido a la Legión a hacer una carrera, sino simplemente a olvidar un pasado, y lo mismo le daba quedarse en soldado raso que llegar a capitán.

El comandante Doyle había llamado al sargento Victor a su despacho. Tenía que confiar una deli-

cada misión a uno de sus hombres, y el comandante Doyle, bien a su pesar, tenía que reconocer que el sargento Victor era el único capaz de llevar a cabo felizmente una delicada misión, fuera la que fuese.

Victor se presentó en el despacho del comandante, se cuadró ante él e hizo el saludo militar de reglamento.

—Sargento, ¿habla usted el árabe?—le preguntó Doyle.

—Sí, señor, perfectamente.

—¿Conoce usted algún dialecto?

—Conozco varios dialectos árabes y creo que podría entenderme con cualquier tribu del desierto.

—¡Bravo! Tengo una importante misión que confiarle. Han llegado mercaderes que han cruzado el desierto y han traído a los indige-

nas algún mensaje importante. Se trata de averiguar cuál es este mensaje. Vaya usted al mercado y escuche todas las conversaciones distraídamente.

—Está bien, mi comandante. ¿Qué nombre he de recoger para interesarme en las conversaciones?

—El de Sidi Ben Youssiff.

—Comprendido, mi comandante —replicó Victor, volviendo a cuadrarse militarmente y saliendo del despacho de Doyle para encaminarse al mercado.

La plaza del mercado estaba aquel día hirviendo de multitud.

Todo eran voces, gritos, algarabía, confusión. Victor, seguido de Rake, que no se separaba jamás de su amo, iba de grupo en grupo escuchando todas las conversaciones en busca del mensaje desconocido que habían traído unos mercaderes de más allá del desierto y que tenía relación con la sublevación que preparaban las tribus de Sidi Ben Youssiff.

De pronto Victor se detuvo a alguna distancia de un mercader de caballos que estaba contratando la venta con un caballero —el capitán Menzies— que iba acompañado de la bellísima Cigarette, a la cual hacía algunos días Victor no había visto.

El capitán Menzies se dejaba guiar por el conocimiento del árabe y por el instinto de comerciante de Cigarette. Aunque el hombre había afirmado mil veces que era perfecto conocedor de los caballos y que a él nadie podía engañarle, se había querido confiar a Cigarette, temiendo que aquellos ladrones del desierto pusieran jugarle alguna treta. Pero Menzies no había pensado ni un solo momento en que la misma Cigarette podía ser cómplice de los mercaderes, y de que ella, criada entre aquellas tribus, tenía la picardía suficiente para engañarle a él y a todo un Estado Mayor si era preciso.

Victor espía su juego. La veía hablar con Menzies y la veía discutir con el mercader de caballos, que iba mostrando sus ejemplares, dándoles a cada uno un precio inverosímil, que Menzies discutía y que Cigarette lograba, al fin, hacer rebajar. Pero Victor vio también como un mismo caballo era presentado por tres veces distintas ante el comprador que, dejándose llevar por ella, no sabía ver que estaba pagando tres veces un mismo ejemplar, un magnífico ejemplar árabe, el mejor que había en todo el mercado, pero que era siempre el mismo que se presentaba ante sus ojos con diver-

so arnés, para desfigurarle así lo bastante para que aquel "conocedor" de caballos cayera perfectamente en el engaño.

—¿Qué lista es la niña!—murmuró Rake, que también había visto el juego—. El mismo caballo con diversas aillas para engañar al comprador.

Cigarette miraba a Victor con un poco de desconfianza.

—¿Cuál de los dos caballos le ha parecido mejor, sargento? — le preguntó Menzies, que quería asegurarse antes de cerrar el trato.

—Si quiere que le dé mi sincera opinión, me parece mejor el pardo que el negro.

—Pero... ¿no eran los dos negros? — inquirió con ingenuidad Menzies.

—¿Qué entiende un legionario de esas cosas? — dijo Cigarette, molesta, queriendo poner término a una conversación que podía comprometerla a ella seriamente.

—Un legionario puede entender suficientemente en caballos para dar un buen consejo a quien se lo pide — afirmó Victor, riendo, al ver la turbación de Cigarette.

—Capitán Menzies, yo le aseguro que ese hombre no entiende nada en caballos y para probarle que yo tengo razón y que mi consejo es el que más vale, propongo que ha-

gamos una carrera: yo montaré el caballo negro y él que monte el castaño y así veremos cuál de los dos corre mejor — propuso la muchacha.

—Excelente idea — dijo el capitán Menzies.

—No está mal, podemos probar; y estoy dispuesto a sostener que el caballo pardo es mejor corredor que el negro.

—Perfecto, sargento, perfecto; si la señorita Cigarette no tiene inconveniente, pueden efectuar ahora mismo la carrera... pero hay que apostar algo, como en todas las carreras, porque si no perdería interés... ¿No le parece bien apostar una botella de vino... contra un beso de esos labios divinos?

—¿Una botella de vino contra un beso? — inquirió Victor, como si meditara todo el valor de la apuesta—. Estoy seguro de ganar... y no me cuesta trabajo aceptar la apuesta... si la señorita la acepta a su vez.

—Por mi parte no hay inconveniente; y apostaría lo mismo aunque me costara la vida tener que pagar la apuesta.

No tuvo más remedio el tratante en caballos que presentar dos ejemplares distintos, ya que se trataba de montarlos, y buscar el caballo pardo que Victor había visto des-

de lejos y que había comprendido era el mejor de todo el mercado. Cigarette se mordió los labios al ver aparecer el caballo que Víctor debía montar. Era un magnífico caballo árabe, de remos finos, nerviosos, dispuestos a tragarse millas y millas sin mostrar la menor fatiga y a saltar todos los obstáculos que a su paso se pusieran. Víctor no se había equivocado. Era un conocedor perfecto de aquellos animales nobles y fieles a los que se había dedicado toda su vida y a los que estimaba en todo su valor.

—¿Están ya dispuestos?—preguntó Menzies, al que divertía aquel juego.

—Estamos dispuestos —replicaron a la vez Víctor y Cigarette.

Menzies dió la señal de partida después de haber fijado la meta anticipadamente.

Los dos caballos partieron a galope tendido. La carrera fué emocionante. Al principio, Víctor dió ventaja a Cigarette para animarla en aquella carrera desenfrenada, pero luego azuzó a su caballo y pronto consiguió no sólo alcanzarla, sino tomarle una delantera considerable, llegando a la meta con algunos segundos de anticipación, y mirando triunfador a la vencida, dijo, poniéndose frente a ella:

—Me parece, señorita, que yo tenía razón.

Cigarette no contestó. Estaban de nuevo frente a Menzies y a Rake que habían seguido con interés aquella carrera y Menzies presentaba su homenaje de admiración al joven sargento.

—¡Bravo, amigo mío, bravo!... Sabe usted montar maravillosamente... y se ganaría el primer premio como jockey en cualquier afamado hipódromo.

Víctor dirigió una mirada rápida y angustiosa a Menzies, como si quisiera indagar si aquel hombre conocía su pasado, el pasado que él había ido a olvidar en la Legión extranjera, en donde todo paria tiene cabida. Pero al convencerse de que Menzies había hablado de aquella suerte por mera casualidad, dijo, mirando a Cigarette:

—Como supongo que la señorita no estará muy interesada en pagar su apuesta... y yo no quiero comprometerla... puede dar su beso a mi caballo, que al fin y al cabo es el que en realidad la ha ganado.

Cigarette ahogó un grito de rabia, fustigó a su caballo y partió de nuevo a galope tendido, queriendo huir de aquel hombre que la humillaba con sus palabras. Víctor

quiso detenerla con la voz y con el gesto, pero Cigarette, toda a su rencor, siguió en su loca carrera. Fué entonces cuando Víctor partió en persecución de la fugitiva.

Salieron así de la ciudad y emprendieron los caballos la ruta del desierto. Cigarette llevaba una enorme ventaja, pero Víctor montaba un fino caballo árabe que respondía admirablemente a sus ansias. No le costó mucho trabajo ponerse a la altura de Cigarette, y la suplicó entonces con voz emocionada:

—Deténgase, por favor, deténgase...

—¡Déjeme en paz!—replicó Cigarette sin menguar el trote largo del caballo.

—Pero es que quiero hablar con usted... y a este paso no nos podemos decir nada.

—Déjeme en paz — volvió a repetir Cigarette, no queriendo atender a razones.

—No quiero... Tiene que escucharme y me escuchará — afirmó Víctor. Y acercando todavía más su caballo al de Cigarette, tomó a ésta por la cintura y en una maniobra ágil la trasladó al suyo, reteniéndola entre sus brazos.

Defendióse ella denodadamente. No quería ser vencida a la fuerza y se debatía desesperadamente

entre los brazos que la retenían. Tanto forcejeó, tanto luchó, que al fin cayeron al suelo los dos jinetes.

Víctor se incorporó rápidamente y se acercó a Cigarette que ya estaba sentada en el suelo.

—¿Se ha hecho daño? — le preguntó con ternura.

—¡Oh, déjeme, déjeme!... — murmuró Cigarette, ofendida—. ¿Es que está empeñado en matarme? ¿Es que quería romperme el pescuezo?

—No, chiquilla, no era mi intención romper ese delicioso pescuecito tan bello y tan tentador.

—¡Oh, déjese de tonterías!... ¡Váyase!... Le odio... le odio...

—Lo comprendo — murmuró Víctor bajando la cabeza como ante un hecho fatal e irreparable—. Perdóneme... Siento mucho haberla ofendido.

Enjugó Cigarette las lágrimas de rabia que brotaban de sus ojos al escuchar aquellas palabras emocionadas de Víctor, y le dijo ya con la sonrisa en los labios:

—¿De veras lo siente usted?

—Sí, de veras... Por eso la he seguido hasta aquí... para pedirle perdón... Mi intención no fué ofenderla.

Víctor se acercó más a Cigarette, la envolvió con su mirada cálida, le sonrió complacido al verla tan

joven, tan bella, tan dulce en medio de su indignación, y le dijo con los labios casi pegados a su oído:

—No he querido ofenderte, Cigarette... Sólo he querido evitarte el mal rato de tener que pagar tu apuesta dándome un beso a mí, a quien odias, según acabas de decirme... No he querido ofenderte, sino ayudarte... Perdóname...

Cigarette sentía una emoción desconocida en el fondo de su alma al escuchar aquella voz que le hablaba tan cerca y que le decía cosas suaves, a las que no estaba acostumbrada.

—¿De veras no ha querido ofenderme?

—Te lo juro, nena.

—¿Y no sería para ti un sacrificio que yo pagara mi deuda de honor, como se llama a las deudas de juego?

—¿Un sacrificio?... Sería el más dulce de los premios—afirmó Víctor sonriendo.

Cigarette cogió un puñado de arena y lo dejó que se escurriera entre sus dedos, grano a grano. Luego, de pronto, cuando Víctor estaba más desprevenido, le rodeó el cuello con sus brazos y le besó rápida y apasionadamente.

—¿Te ha gustado?—le preguntó luego con deliciosa ingenuidad.

—¿Que si me ha gustado?... Sólo quisiera poderte ganar una apuesta de este género cada minuto.

—Pero podemos apostar tantas cuantas veces quieras... y yo te dejaré ganar siempre. Toma... Uno, dos, tres, cuatro... mil besos, si quieres —dijo Cigarette, dando repetidamente al sargento besos llenos de ternura, de pasión, de cariño sincero.

Víctor la cogió en sus brazos, la acarició largamente, la dio a su vez besos que hacía mucho, muchísimo tiempo no había dado, y allá, en aquella soledad, majestuosa y solemne, en aquel silencio mágico de la naturaleza en la hora suprema de la caída de la tarde, fué Cigarette, entre los brazos del hombre al que amaba con todo su corazón, la mujer más dichosa de toda la tierra.

Al salir de su éxtasis de amor, Cigarette, abrazada todavía a su amado, le dijo sonriendo como una niña feliz:

—Nunca hubiera creído que se pudiera pasar tan rápidamente del odio al amor... Te odiaba antes de comenzar la carrera... Te adoro ahora con todo mi corazón...

—Eres una niña, Cigarette, enteramente una niña... y también yo te quiero bien... ¡Oh, pero tocan a

retreta y estamos muy lejos del cuartel!... ¡Y los caballos han regresado solos a su base!... Tendremos que andar mucho, Cigarette, y rápidamente... Supongo que te tendré que llevar en brazos como a una niña chiquitina... ¿Quieres?

—¿En brazos?... ¡Oh, no, no, esto ya acostumbrada a andar por las arenas del desierto! No, es la primera vez que hago marchas forzadas. He caminado muchas veces con los legionarios por estas arenas desoladas.

—Está bien. Pues vamos andando—dijo Víctor, poniéndose en pie y ayudándola a levantarse.

Caminaron en silencio un rato. Luego Cigarette se puso a cantar una marcha de la Legión y los dos acompasaron el paso al ritmo de la marcha. Caminaban rápidamente. Cigarette, con sus pies descalzos, parecía no sentir la fatiga de caminar por la arena, y cuando terminó su canción dijo, mirando a Víctor con los ojos brillantes de dicha:

—¿Sabes? El día que fuiste al café por primera vez, aunque te empeñaste en no hacerme caso, vi bien a las claras que yo te gustaba... Y tú me gustaste a mí tan pronto como te vi... Esta noche también vendrás a mi café, ¿ver-

dad? Y cuando todos se habrán marchado yo te reservaré un rinconcito en mi cuarto... y quizás podremos apostar nuevamente... ¿Vendrás?

—Iré... Es una invitación que ningún soldado se atrevería a despreciar—murmuró Víctor sonriendo ante la idea de lo que Cigarette le ofrecía con tanta gracia.

—¡Oh!...—gimió ésta de pronto, llevándose la mano a uno de sus pies que se había lastimado contra una piedra del camino.

—¿Qué te pasa? ¿Te has hecho daño?

—Sí... me he hecho daño... no puedo andar. Tendrás que llevarme en brazos.

—Con mucho gusto, mi vida. Será la carga más dulce que habré llevado en toda mi existencia—dijo Víctor, cogiéndola como se coge a una nena y llevándola como quien lleva una pluma.

Cigarette se había abrazado al cuello de Víctor y permaneció así, con los ojos entornados, saboreando toda la delicia de aquella marcha en brazos del amado. Luego, mimosa y dulce, le dijo:

—¿Sabes?... No me he lastimado el pie, no... Lo he hecho únicamente para que me llevaras en brazos...

—¡Ah, pícaral... ¿Has querido engañarme?

—No... He querido únicamente sentir la dicha de un abrazo prolongado... Y ya lo he logrado... Ahora seguiré marchando... No quiero cansarte más.

—No; ahora seguirás en mis brazos... Eres suave y ligera como una pluma... y yo siento una gran dicha al tenerte tan cerca, tan cerca de mi corazón—murmuró Víctor, estrechando más cerca de sí el cuerpo frágil, que se estremeció dulcemente.

* * *

Menzies había ido a explicar al comandante Doyle lo ocurrido en la plaza del mercado. Se había divertido mucho con la discusión y la carrera estrepitosa por los dos contrincantes: Cigarette y Víctor. Y le contaba a Doyle lo acaecido sin darse cuenta de que estaba echando leña al fuego, al fuego encendido en el alma de Doyle por unos celos rabiosos y desesperados.

—Si yo hubiera tenido la suerte que ha tenido el sargento y me hubiera podido perder en los confines del desierto con una mujercita tan deliciosa como la pequeña Cigarette, me parece que no hubiera vuelto jamás al cuartel—dijo Menzies con picardía.

—Pues al sargento le costará cara la escapatoria—afirmó Doyle

que no le perdonaba a Víctor que le robara a su amada.

—¡Oh, mire, mire, ahora vuelven los caballos!... Pero ¡vuelven solos!—exclamó Menzies riéndose con todas sus ganas—. Estoy seguro de que el sargento ha ganado una segunda apuesta... y de que esta vez la ha cobrado...

Doyle se mordió los labios y se bebió otra copa de coñac. Cuando Menzies le dejó solo, y eso fué mucho después del toque de retreta, llamó a un ordenanza y le dijo:

—En cuanto llegue el sargento Víctor, que vaya a mi despacho; tengo que hablar con él.

—Mi comandante—contestó el ordenanza—, el sargento Víctor espera a usted en su despacho desde hace un cuarto de hora.

—¿Eh?... ¡Ah, bueno, ya voy!
—murmuró Doyle, encaminándose a su despacho con paso rápido, pues tenía ganas de ver en el rostro de Víctor las huellas de la felicidad, si Cigarette le había hecho caso, o las de la decepción si se había burlado de él, como Doyle deseaba con toda su alma.

Pero al enfrentarse con el sargento vió que era la felicidad la que brillaba en sus ojos, y Doyle sintió más honda la mordedura de los celos.

—¿Qué hace usted aquí?—preguntó Doyle con acritud.

—Le esperaba, mi comandante.

—¿Y qué quiere?

—Venía a rendir información de las investigaciones que mi comandante me ha confiado esta mañana.

—Tarde viene a informarme, sargento.

—No me ha sido posible venir antes, mi comandante.

—Y... ¿qué información me trae?

—He sacado la impresión, por las conversaciones escuchadas en el mercado, de que algo se está tramando entre las tribus indígenas.

—Bien... Gracias, sargento.

—¿Eso es todo cuanto quería saber, mi comandante?

—Sí, todo, gracias... No, espere un momento... ¿No ha ocurrido nada más en la plaza del mercado?

—inquirió Doyle clavando su mirada escrutadora en los ojos de Víctor.

—No, señor, nada importante... en el terreno militar—replicó Víctor.

—Está bien, está bien... Gracias, sargento... Puede retirarse, pues comprendo que no tengo derecho a interrogar sobre cosas acaecidas en otro terreno... que no sea el militar...

—Mi comandante... —saludó Víctor cuadrándose y saliendo del despacho de Doyle con aire marcial.

* * *

Pocos días después de las escenas que quedan transcritas, llegó a Abeshe, Lady Venetia, la sobri-

na del general jefe de las tropas regulares de Argelia.

Toda la plana mayor del Tercio

había ido a presentar sus respetos a Lady Venetia, que les recibió con cordialidad y se mostró encantadora y amable con aquellos hombres desterrados de la Patria, que luchaban lejos de ella por su engrandecimiento, y que exponían a diario su vida por defender los intereses de la misma.

El coronel Ferol era el que atendía con más cuidado a la damita inglesa que había llegado a aquella apartada región africana y era el que presentaba a la encantadora inglesita a los demás jefes de la Legión.

—El lugarteniente Brose —pronunció Ferol, presentando a un apuesto militar, que se inclinó profundamente ante la bellísima y elegante Lady Venetia, y que le dijo con la galantería que caracteriza a todo buen francés:

—Señorita, conocerla a usted es como encontrarse de pronto con el más bello oasis, después de haber caminado semanas enteras por la aridez del desierto.

—¡Oh, gracias! —replicó Lady Venetia, sonriendo ante el fino cumplido—. Pero no olvide que en el desierto no todo es realidad... y de que existen los espejismos.

—El comandante Doyle, Lady Venetia —continuó Ferol, presentando a Doyle que se había que-

dado deslumbrado ante la belleza aristocrática de aquella mujer.

—Señorita, soy el único comandante inglés con mando en el sur de Argelia... Supongo que deseará usted conocer a fondo la vida de la Legión en los días que permanece usted entre nosotros, y me sentiré muy honrado si puedo servirle de cicerone. Comenzaré por enseñarle el batallón más perfecto que haya usted jamás visto.

—¿El suyo, comandante? —preguntó Lady Venetia, con una deliciosa sonrisa.

—El mío, sí; y lo digo sin falso orgullo, aunque esté mal el que yo mismo haga el elogio de mi batallón.

—Encantada, comandante, y me gustaría poder visitar ahora mismo cosa tan perfecta.

—Y yo encantado de poderle mostrar que tengo razón, señorita —dijo Doyle, ofreciendo el brazo a Lady Venetia, que se apoyó en él y siguió al comandante, al que encontraba sumamente divertido.

Era la hora en que los soldados se dedicaban a sus ocupaciones favoritas, hora de reposo para los cuerpos y de solaz para el espíritu, pues cada uno hacía el trabajo manual para el que tenía más habilidad o en el que encontraba mayor placer.

El sargento Víctor tallaba en madera preciosas miniaturas de animales, y aquella tarde daba los últimos toques a un caballo esbelto, ágil, gracioso, de remos finos y llenos de nervio, caballo de carreras de pura raza árabe que parecía iba a emprender el galope escapando del pedestal sobre el que se sostenía.

—Señor, ha modelado usted tan perfectamente a "Forest King", como si lo hubiera tenido delante de modelo —le dijo Rake, que admiraba la obra de su amo.

—¡Silencio, Rake!... Ese nombre no debe ser pronunciado... Lo tengo presente como si estuviera ante mí, aquel día en las carreras de Aintree... ¿Te acuerdas?

—Sí, señor... Era el mejor caballo de toda Inglaterra.

—¡Atención, muchachos! —gritó una voz desde la puerta—. ¡El comandante visita el cuartel con gente forastera!... ¡Todos a vuestro trabajo y en perfecto orden!

Todos los soldados siguieron trabajando y cesaron en sus conversaciones.

—Supongo que a los muchachos no les molestará que venga a interrumpirles en su trabajo —decía Lady Venetia al entrar donde los soldados estaban trabajando.

—¡Oh, no, al contrario! Se sentirán muy honrados. La opinión general es que los legionarios son delincuentes vulgares que huyen del castigo y vienen a reparar aquí su culpa; pero yo le aseguro que mis muchachos no son más que hombres aficionados a la lucha y amantes de la patria, y que han venido a África a luchar por su engrandecimiento. Pase, pase y verá qué cosas tan bonitas y curiosas hacen en sus ratos de expansión. Tienen mucha habilidad en su respectivo trabajo. Ya verá usted.

Lady Venetia entró en la gran habitación en donde estaban congregados los soldados, y preguntó al ver las ventanas abiertas de par en par y sin una persiana ni una cortina que defendiera la entrada de las moscas:

—¿Por qué no les ponen persianas a las ventanitas?

—¡Oh, señorita! —rió Doyle con su boca enorme—. No les hacen falta... Se dice que cuando una mosca pica a un legionario, la mosca muere envenenada...

Rió Venetia la ocurrencia del comandante, y fué mirando con detenimiento los diversos trabajos a que se dedicaban los soldados.

—No se detenga en esas nimiedades —le dijo Doyle—. Yo le voy a enseñar al más diestro de todos

ellos, al que mejor labra la madera, al que esculpe miniaturas maravillosas, sólo con la ayuda de un afilado cuchillo.

Se acercaron a Víctor, y Lady Venetia se quedó mirando fijamente al sargento que había clavado en ella sus ojos negros, profundos, misteriosos, en los que había brillado una luz nueva al cruzarse con los ojos dulcísimos de la desconocida.

—Sargento, muestre usted su trabajo a la señorita —ordenó el comandante, que gustaba de mandar a sus hombres, sobre todo cuando se encontraba ante gente forastera.

Víctor mostró el caballo que acababa de tallar, aquel fino caballito que era la estampa perfecta del más puro tipo de caballo árabe.

—¡Oh, qué bonito! —exclamó Lady Venetia con sincera admiración—. ¿Vende usted sus obras?

—No, señorita; las hago para mi propio recreo —contestó Víctor.

—Pero esto es una maravillosa obra de cincel, sargento... Es un modelo perfecto de caballo de carreras.

—No es extraño que lo esculpa tan bien —dijo Doyle, que no quería dar demasiada importancia al trabajo realizado por Víctor—. El sargento se pasa la vida entre ca-

ballos árabes y los conoce perfectamente.

—¿Lo ha esculpido de memoria? ¿Ha tenido ante sí algún modelo?... ¡Es una maravilla!... ¡Parece que va a echar a correr!... No es posible esculpir tan bien un caballo de carreras si no se tiene delante el modelo...

—Lo he tenido ante mí... en mi imaginación, señorita —replicó Víctor reconcentradamente.

—¿Es aficionado a las carreras de caballos? ¿Había tomado parte en alguna de ellas?—inquirió Lady Venetia, verdaderamente interesada por aquel joven inglés en el que creía adivinar a un verdadero gentleman.

Víctor no contestó, y fijó su mirada en otra parte para no cruzarse con la mirada de aquella bellísima desconocida.

El comandante, dándose cuenta de la violencia del momento, dijo:

—El primer mandamiento de la Legión, señorita, es no indagar en el pasado de los legionarios...

—Es verdad... Lo había olvidado... Perdóne, sargento —murmuró Lady Venetia, todavía más intrigada por aquel hombre que tenía ante ella y al que admiraba ya sinceramente.

El comandante Doyle se alejó un momento de Lady Venetia porque

habían ido a llamarle. La muchacha aprovechó este momento para decir al sargento:

—Le felicito con toda mi alma; nunca había visto un trabajo tan delicado y perfecto.

—Gracias; estoy muy contento de que le guste mi caballito.

—Lo encuentro encantador—replicó la joven, en el momento en que Doyle iba a reunirse a ella nuevamente.

—Pues puede usted comprarlo si le gusta. Los soldados venden las chucherías que hacen, y así tienen dinero para ir a beber a la taberna. El sargento estará contento de que le dé algunos francos por ese caballo por el que está usted encaprichada—intervino Doyle.

—No, no quiero privar al sargento de su obra favorita... No me lo perdonaría nunca —dijo Lady Venetia, mirando hondamente a Víctor que le sonrió con agradecimiento.

—Como usted quiera, señorita...

Pero yo sigo creyendo que al sargento le hubieran gustado más los francos que conservar una estatuita que puede reproducir de nuevo.

—Las obras maestras no se hacen con tanta facilidad —replicó Lady Venetia, alejándose de Víctor que la siguió con los ojos como si tras ella se le fuera la vida.

Cuando hubieron salido de la habitación, Rake dijo a su amo:

—Al ver a una verdadera dama, como Lady Venetia, se siente más la nostalgia de la patria, ¿no es verdad, señor?

—Es verdad, Rake... —murmuró Víctor lentamente, como si meditara sus palabras o como si sintiera la más honda de las añoranzas.

—Cuando ha llegado, por un momento creí que se conocían ustedes... ¡Se han mirado de un modo tan significativo! —dijo Rake.

—No, no nos habíamos conocido antes de ahora, Rake... pero siento que esta mujer ha tomado en mi vida un lugar preponderante...

Aquella misma noche se daba en Lady Venetia. Y aquella misma noche, en el humilde café de Ciga-

rette, ésta esperaba con ansia la llegada de su sargento, del hombre del que se había enamorado locamente, apasionadamente, con toda la fuerza de un primero y sincerísimo amor.

Víctor se había olvidado por completo de la cita dada a la pequeña francesita. Los ojos brillantes de Lady Venetia le habían deslumbrado; su porte distinguido, la elegancia de sus modales, su cuerpo perfecto de diosa, le habían sugestionado y le habían acercado de pronto a aquel pasado suyo que en vano trataba de olvidar mezclándose a la abigarrada muchedumbre que se escudaba bajo la bandera del Tercio.

Salió Víctor del cuartel y se encaminó al hotel donde sabía se daba la fiesta. No tenía el entrada en los salones, pero esperaba poder entrar con algún subterfugio que le sugirieran su imaginación y su deseo.

Mientras, Cigarette, en su humilde café, había reservado una mesa para ella y su amado y la defendía contra los ataques de un soldado que, ya medio embriagado, quería sentarse en aquella mesa que Cigarette había adornado con flores y había dispuesto con toda la coquetería que le había inspirado su feminidad.

—Esta mesa es para mí —decía el soldado con la lengua torpe—. Me gusta esta mesa y la quiero para mí... ¡Además hay en ella coñac!... ¡Y en las otras mesas sólo se sirve un vino infecto!...

—Esta mesa no es para ti... y el coñac tampoco —replicó Cigarette, cogiendo la botella con las dos manos.

—¡Ah!... ¿No?... ¿Pues para quién es?

—¿A ti, qué te importa?

—Mucho, porque yo quiero la mesa.

—Hoy te ha dado el vino pesado, Iván... Vete y déjame en paz— insistió Cigarette, molesta por la presencia del soldado, que la fastidiaba.

—¡Ah!... ¿Reservas el sitio para el comandante Doyle? —preguntó con malicia el soldado.

—No, no... ¿Qué me importa a mí el comandante Doyle?

—Pues si no es para el comandante, no me marcho, ¡ea! —insistió Iván con la pesadez de los borrachos.

—Te marcharás... si señor... te marcharás... porque ha de venir el sargento Víctor, ¿sabes?

—¿El sargento Víctor?... No vendrá, estoy seguro de que no vendrá... Te apuesto diez céntimos...

no, veinte céntimos te apuesto a que no viene.

—Acepto la apuesta. Pero ve-te, idos pronto tú y tu borrachera...

—Está bien, princesa... No ten-gas tanto orgullo, que por un sar-gento no vale la pena—dijo Iván, alejándose por fin y dejando sola a Cigarette en aquel pequeño reser-vado.

Cigarette arregló las flores, con-templó la mesa para ver si hacía buen efecto, y apoyando en ella los codos y el rostro en las manos, son-rió con dulce y arrulladora espe-ranza.

Víctor no se acordaba de la pe-queña Cigarette. Confundido entre la multitud, miraba desde la ca-lle el interior del hotel en donde se celebraba la fiesta.

Los salones estaban brillantísi-mos, con lo mejor de la guarni-ción para festejar a una dama de tan alto relieve como la encantado-ra Lady Venetia. Vió Víctor a la damita bailando en brazos de Doyle y sintió un deseo enorme de entrar en los salones y poder bailar con aquella mujer, la más bella que ojos humanos vieron ja-más. Pero se pasó la mano por el rostro y se encontró que iba sin afeitarse; se miró el vestido y vió que iba con la chaqueta raída y el pantalón arrugado; se contempló

los pies y vió que iba calzado con las botas gruesas y sucias de mar-cha. Y decidió volver al cuartel a acicalarse para ver si conseguía po-der penetrar en el hotel y tener un rato de charla con aquella encan-tadora mujer que le había tur-bado los sentidos y nublado el ce-rebro.

Rake le encontró afeitándose an-te el espejo y arreglándose con el esmerado cuidado que su señor po-nía en ello cuando, en Londres, tenía que asistir a alguna fiesta aristocrática.

—¿Va a salir el señor? —le preguntó Rake con asombro.

—Sí; hoy tengo permiso para estar fuera del cuartel toda la no-che... y la noche apenas acaba de nacer... ;Tengo por delante muchas horas, mi querido Rake!

—¿El señor irá al baile de La-dy Venetia?

—Si me puedo colar en él —re-plicó Víctor, sonriendo y cogiendo al mismo tiempo la pequeña escul-tura del caballito que tanto había gustado a la dama.

—¿El sombrero, señor? —dijo Rake, cuadrándose ante su amo co-mo si estuvieran en sus mejores tiempos londinenses.

—Gracias, Rake —replicó Víc-tor, siguiendo la broma.

—¿El bastón, señor?



Era el fortín más alejado de toda civilización.



¿Relieve? ¿Consorcio?... En el Tercio no se conocían estas dos palabras.



Conoció Cigarette al excendiente que sobre el comandante Doyle
ejercían su belleza y su juventud.



Victor y sus compañeros se reían a carcajadas de la indignación
de la niña...



—Señorita, antes de marcharte quisiera entregarte su propio puñal.



—Tarde viene a informarme, sargento.



Victor mostró el caballo que acababa de tallar.



—Si la historia de mi vida puede tener algún interés, lo tendrá, a partir de este instante...



La patrulla capitaneada por Victor se ve pronta atacada...



—Supongo que lo que usted quiere es que me quede allá para siempre.



Victor portó de nuevo con sus hombres por los peligrosas cominas del desierto.



Difícil era la situación de los soldados del Tercio.



—¿Por qué me habla con tanta dureza?—inquirió Venetia.
 —¡Porque usted me ha robado mi aicha!—replicó Cigarette con amargura.



El campo de batalla ofrecía un aspecto desolador.



...los árabes comenzaron a retirarse.



—En ti confío. Buena suerte.

—Sí, Rake, gracias.

—¿Esperaré al señor hasta que regrese? —preguntó Rake con profunda serenidad.

—No, gracias... Acaso llegue muy tarde... Déjame en el comedor whiskey y soda y algunos sandwiches.

—Está bien, señor; se los prepararé de foiegras y de jamón en dulce, con mucha mantequilla, como al señor le gustan.

—Buenas noches, Rake.

—Hasta mañana, señor —contestó el criado.

Y los dos se echaron a reír, pero en su risa había un poco de nostalgia de aquellos tiempos que habían revivido por un momento con aquella farsa.

Victor salió a la calle y con paso rápido se dirigió de nuevo al hotel. Quería a toda costa penetrar en él, hablar de nuevo a la muchacha, sentirla cerca de sí, bailar con ella, charlar de la patria lejana... pero no tenía invitación y era preciso aguzar el ingenio.

Se acercó a la puerta del hotel y trató de entrar en él, pero los criados le detuvieron pidiéndole la invitación al mismo tiempo que llegaba un soldado y decía:

—Mensaje urgente del cuartel general para el capitán Menzies.

Victor cogió la ocasión por el único pelo que le presentaba y dirigiéndose a los criados que le habían cortado el paso, dijo con voz firme:

—¿No le habéis oído?... Traednos mensaje urgente para el capitán Menzies.

Y penetró resueltamente en los salones en busca del capitán, que estaba hablando con Lady Venetia.

—Perdone, mi capitán, pero traen un importante mensaje del cuartel general — comunicó, saludando militarmente a su superior.

—Señorita, permítame que me aleje unos momentos... Voy a ver de qué se trata—dijo Menzies, alejándose rápidamente.

Victor tomó la mano de Lady Venetia, la besó con profundo respeto y le preguntó, mirándola hondamente:

—¿Necesito excusarme de mi atrevimiento?

—¿Ha sido una excusa lo del mensaje? —inquirió a su vez la damita, muy complacida de ver de nuevo al sargento, que tan simpático le había sido.

—El mensaje existe, pero no era yo el mensajero...

—¿Y no es peligroso para usted lo que ha hecho?

—Sí, señorita, es doblemente peligroso...

—¿Doblemente?

—Sí, señorita, porque me expongo a que me arresten y me metan en el calabozo... y me expongo a que esos ojos bellísimos me miren con reproche por haber cometido una imprudencia —dijo Víctor.

—Es usted un hombre osado, sargento —replicó la joven sin atreverse a mirar a aquel hombre que la cautivaba.

—He venido únicamente a traerle esto—dijo Víctor mostrando la figura del caballito—. Ha sido usted lo bastante amable para admirar mi obra... y yo no se la he querido vender... nunca la hubiera vendido... pero sí puedo regalársela, si usted se digna aceptarla...

—¡Oh, gracias, gracias por su galantería! —exclamó ella, tomando en sus manos la perfecta estatua del caballo.

—¿Le gusta?

—Me encanta... Y no sólo la estimaré en lo que vale, sino que ella será siempre una prueba de lo mucho que se ha expuesto para venir a traérmela satisfaciendo así mi deseo de poseerla... Este caballito me recordará siempre lo único que ha venido a romper la monotonía de este país africano...

—¿Africa monótona? —preguntó Víctor, extrañado.

—¿No?... Nada he encontrado en ella que me llamara la atención. Los hoteles son iguales en todas partes, igual la servidumbre, e iguales los honores que se me rinden...

—Pero esto no es Africa, señorita... Africa no está en los salones de un hotel, sino en los suburbios de las ciudades, en el corazón de ellas, donde se amontonan los indígenas con sus costumbres bárbaras y sus extrañas modalidades; en los bazares de los judíos; en los cafés; en las kábilas donde las bailarinas indígenas tejen las más exóticas y raras danzas del Oriente.

—¡Cuánto me gustaría ver todas esas cosas de que me habla! —suspiró la muchacha, dando en torno suyo una mirada de hastío—. Todo lo que me rodea, ¡lo tengo ya tan visto!...

—Debe usted ver el Africa con todos sus encantos, con todos sus misterios, con todo su extraño palpitante. Yo puedo enseñarle lo más típico y lo más interesante del país... Pero quizá a usted no le atraiga lo desconocido...

—¿Es eso un reto? —inquirió Venetia, dirigiendo una larga mirada a Víctor que estaba pendien-

te de aquellos ojos y de aquellos labios.

—No; pero no se me escapa que eso es un imposible... y que usted está pensando que mi osadía ya no tiene límites... Perdóname, pero a su lado me olvido de que no soy más que un sargento del Tercio, un desconocido, un hombre que ha venido a cobijar bajo la bandera francesa algo que no podía soportar bajo la bandera de su patria...

—¿Qué importa eso?... No pienso en su pasado ni pienso que sea absurdo aceptar el reto que me lanza... Me gustaría conocer el África misteriosa y salvaje... y me gustaría verla a través de sus ojos... ¿Cuándo iremos a ver todas esas cosas de que me ha hablado?

—Ahora mismo —dijo Víctor decidido y resuelto.

—¿Ahora?... ¿Y cómo saldremos de aquí sin ser vistos?

Víctor miró por la ventana a la que se había acercado y preguntó a Venetia:

—¿Sabe usted brincar?

—Sí... Me he ensayado muchas veces en los árboles frutales de mi casa de campo.

—Pues brinquemos por esa ventana... El suelo no está lejos... Podemos hacerlo sin riesgo.

Víctor dió el ejemplo con un

salto ágil y esperó con los brazos abiertos a Venetia, que brincó a su vez como una gacela, rehuyendo los brazos que la esperaban.

—Es usted muy ágil —dijo Víctor un tanto confuso.

—¿Cree que necesitaba ayuda?

—Me hubiera gustado poder ofrecérsela —contestó Víctor seriamente.

Venetia no contestó y los dos marcharon en silencio hacia el interior de la población, hacia el barrio en donde los moros se hacinaban y en donde sus bazares, sus tiendas al aire libre, sus vendedores ambulantes, sus bailes extraños, daban color y vida exóticos a aquellos lugares.

Víctor iba explicando a su nueva amiga lo que los árabes pregonaban a gritos, gesticulando furiosamente como si quisieran hablar más con el gesto que con las palabras, con ser éstas muchas; y Venetia iba siguiendo con sus ojos todo aquel mundo nuevo que ante ella se descubría como una alfombra mágica que fuera desdoblándose en repliegues asombrosos ante sus miradas escrutadoras y curiosas de todo.

El sargento se mostraba galante y respetuoso con la dama. Venetia no creía estar al lado de un vulgar soldado del Tercio, sino que

tenía la seguridad casi absoluta de estar junto a un caballero, junto a un gentleman digno de figurar en los mejores salones de la sociedad londinense. De buena gana hubiera preguntado a Víctor por su pasado, le hubiera gustado aprovechar la hora, el momento, la soledad en que caminaban por entre la abigarrada multitud, para que le confesara el misterio de su vida, pero no se olvidaba de que el primer mandamiento de la Legión era no indagar en el pasado de los legionarios.

Al adentrarse por un callejón oscuro y estrecho, Víctor le dijo a Venetia:

—Sería mejor que me diera todas sus joyas... Es peligroso llevarlas puestas en estos lugares... No hay que fiar nunca del árabe que se agazapa en la sombra.

—Si usted lo cree preciso...— murmuró la muchacha quitándose espontáneamente sus collares, sus brazaletes, sus sortijas, todo cuanto llevaba para engalanar y realzar su hermosura.

Víctor lo guardó todo en su bolsillo y le agradeció en silencio a Venetia que no desconfiara de él, que no mostrara ni el menor recelo hacia su persona a pesar de no saber de él más que era un soldado de la Legión extranjera... Bien sabía Víctor la fama que tenían los

soldados de la Legión, buena parte de ellos amparados bajo la bandera del Tercio para rehabilitarse de alguna falta.

Se detuvieron ante una pequeña tienda en la que un encantador de serpientes exhibía su arte. Venetia miraba con curiosidad el espectáculo mientras Víctor devoraba con sus ojos a la muchacha que estaba deliciosamente bonita envuelta en una chilaba que él le había comprado al pasar por un hazar en donde las había a montonca.

—¿No les pican alguna vez?— preguntó Venetia, horrorizada ante el espectáculo.

—Sí, seguramente; la picadura de la víbora suele ser mortal; pero esos árabes están inmunizados.

—¿Inmunizados?

—Sí; toman el veneno gota a gota hasta llegar a la dosis máxima; así se inmunizan y pueden jugar con las víboras como si fueran mansas palomas.

—Así usted cree que todo es cuestión de acostumbrarse... que uno puede acostumbrarse a cualquier cosa... hasta al veneno de una víbora, si sabe dosificarlo — dijo Venetia riendo de la teoría absurda de Víctor.

Víctor se rió con ella, la tomó del brazo y le dijo:

—¿Quiere que tomemos una taza de café?

—¿Y luego qué haremos?

—Iremos... —dijo Víctor, pero se interrumpió rápidamente y, empujando a Venetia hasta el hueco de una escalera, le dijo:

—De prisa, escóndase o estamos perdidos.

En efecto, llegaban en aquel momento junto a Víctor, un capitán y cuatro soldados. Víctor se cuadró e hizo el saludo militar.

—Buenas noches, sargento —dijo el capitán—. ¿Tiene usted permiso para estar a estas horas fuera del cuartel?

—Sí, mi capitán.

—Está bien... Nosotros andamos buscando a una dama que no se encuentra en el Hotel, y que tememos se haya extraviado... ¿No la ha visto usted?

—No, mi capitán, y me parece que no es este barrio el más indicado para venir a buscar una dama.

—Es verdad; pero con esas muchachas inglesas uno nunca sabe a qué atenerse... Por si acaso, ayúdenos usted en su ronda y vigile... Si la ve condúzcala al Hotel, en donde la están esperando.

—Cumpliré, mi capitán —afirmó Víctor, dispuesto a hacer todo lo contrario de lo que decía.

El capitán y sus hombres se ale-

jaron y se perdieron en las sombras de la estrecha calleja mientras Víctor hacía salir a Venetia de su escondite y le decía:

—La buscan a usted, señorita... Es preciso regresar al Hotel.

—¿Ya?... ¡Oh, cuánto lo siento!... Comenzaba a conocer la verdadera Africa, y me gusta el país.

—No, la verdadera Africa no es ésta, señorita... El Africa verdad es la que está allá, lejos, más allá de esas murallas... El Africa del desierto, de las arenas sin fin, de los oasis maravillosos... El Africa verdadera sólo puede gozarse en el oasis de Maibou cuando está iluminado por la luz de la luna.

—Maibou bajó el plenilunio... ¡Oh, eso suena maravillosamente!... ¡Qué romántico!... ¿No podría verlo ahora?... Precisamente esta noche es plenilunio.

—Está sólo a tres millas de la ciudad... Casi podría usted verlo desde el balcón de su Hotel.

—Me gustaría verlo desde cerca... pero es imposible... debo regresar... Buenas noches, sargento.

—Buenas noches, señorita... —murmuró Víctor, besando la mano que Venetia le había tendido.

La muchacha se alejó con paso rápido, pero Víctor la volvió a llamar:

—Señorita... señorita... ¿No ol-

vida usted nada? — le preguntó, sonriéndole.

— ¡Es verdad!... Olvidaba mis joyas... Ya no me acordaba de ellas.

— ¡Qué lástima habérselo recordado!... Podía habérmelas quedado para mí—replicó Víctor, bromeando—. ¿No cree que un pobre soldado ha de ser recompensado por su honradez?—añadió.

— ¿Y qué recompensa exige?— preguntó, a su vez, Venetia, clavando sus pupilas en las pupilas brillantes de Víctor.

— Que me permita poner en torno a su cuello la sarta de perlas que en él llevaba.

— ¿Por qué me había de negar a ello? — dijo Venetia, ofreciendo su cuello blanco y suave.

Víctor colocó las perlas en torno al cuello de la gentil damita, pero no acertaba a cerrar el broche, pues sus dedos temblaban de

emoción al sentir en ellos el roce cálido de la piel de seda de Venetia.

— Si, sí... ya está — dijo al fin, dominando sus nervios y consiguiendo cerrar el broche mientras sentía la tentación de posar sus labios en aquel cuello tentador y suave que tenía ante él—. Y perdóneme mi torpeza... ¡Hace tanto tiempo que no he abrochado el collar de una dama!

Venetia sonrió confusa y complacida. La turbación de Víctor la halagaba. Sus palabras le producían un extraño placer. No era por lo que ellas decían en sí, sino por la música que encerraban. Víctor se había adentrado en su corazón de manera certera y, al separarse de él, en aquella noche incomparable, Venetia se llevaba la certitud de amar al sargento como nunca había amado a ningún hombre.

* * *

Cigarette había esperado en vano toda la noche. Sentada ante la mesa había visto pasar las horas y había visto como las flores se iban desmayando en el calor de la

atmósfera enrarecida del café. Sus ojos en vano habían buscado entre los clientes a aquel por el cual estaba ella allí, quieta, silenciosa, ensimismada. El no había acudido.

Los soldados en vano habían llamado a Cigarette para que cantara, para que les sirviera vino, para que jugara con ellos como hacía todas las noches. Esta noche Cigarette estaba triste, infinitamente triste porque no había visto al amado, al elegido de su corazón.

—He ganado la apuesta—le dijo una voz que la sacó de su abstracción, cuando ya el café había quedado casi vacío.

—¡A mí qué me importa!—replicó Cigarette de mal humor.

—He ganado la apuesta, porque el sargento no ha venido—insistió el soldado que había fastidiado a Cigarette al comenzar la noche.

—¡Claro que no ha venido!... ¡Ya me he enterado de que no ha venido!... Pero si no ha venido es porque el comandante le ha dado trabajo... Me ha mandado un recado especial diciéndome que no venga por eso...

—No me importa el porqué de no haber venido... El caso es que he ganado la apuesta...

—¡Cállate ya, cállate!—gritó Cigarette con la voz ahogada por el llanto, levantándose y corriendo a encerrarse en sus habitaciones.

—¡Eh, Cigarette!—gritó aún el soldado que seguía más borracho que al comenzar la noche—. Me

debes veinte céntimos, no lo olvides...

Pero Cigarette ya no le oía. Había ido a su cuarto, se había sentado al borde de la cama y allí lloraba con toda su alma, amargamente, desoladamente, la soledad en que Victor la había dejado aquella noche que ella se prometiera tan feliz.

De pronto se abrió la puerta de la habitación y apareció el comandante Doyle. Cigarette se puso en pie, enjugó rápida su llanto, y preguntó con acento indignado:

—¿Qué vienes a hacer a mi habitación?

—Siéntate, pequeña — contestó el comandante con dulzura—. Quiero hablar contigo unos momentos.

—Está bien, mi comandante — replicó Cigarette, volviendo a sentarse al borde de la cama.

Doyle se sentó junto a ella y la acarició con la mirada, silenciosamente; luego le dijo:

—Cigarette, ya sabes las intenciones que me unen a ti... ya sabes que te quiero y que te quiero bien... no para divertirme contigo... sino para hacerte mi mujer en cuanto tú me des tu consentimiento... Por eso vengo a pedirte que... que no hagas más el tonto con ese sargento.

—¿Con qué sargento? — inquirió

rió Cigarette, fingiendo no saber de quién le hablaban.

—No te hagas la desentendida... Sabes perfectamente a quién me refiero; me refiero al sargento Víctor.

—¡Ah, al sargento Víctor!—exclamó Cigarette riendo de un modo forzado—. No tienes ningún motivo para estar celoso de él... no, ningún motivo... Vamos, mi comandante, eres como un niño grande y te haces montañas enormes de cosas que no tienen importancia... No te preocupes por ese sargento presumido... No olvides que tú eres el comandante y que todo el mundo te saluda y todo el mundo te obedece y todo el mundo te quiere... incluso yo...

Doyle cogió a Cigarette por los brazos, la atrajo hacia sí y la besó apasionadamente en los labios; pero los labios de la niña permanecieron cerrados, fríos, serios, impenetrables.

—¿Qué te pasa, chiquilla?—preguntó Doyle, mirando con extrañeza a Cigarette, que nunca se había mostrado tan esquiva como en aquel momento.

—¡Oh, nada, nada, nada!—replicó ella, rompiendo a llorar con desconsuelo—. Pero es que cuando tú quieres besarme crees que yo siempre tengo ganas de que me beses... y no es así... Te empe-

ñas en mandarme que te quiera igual que si dieras una orden a tus legionarios... y el amor no se consigue de este modo... Por favor, Doyle, esta noche no tengo ganas de que nadie me hable de amor...

—Está bien, querida... Tienes razón... Soy muy brusco, pero te quiero. Y mira, precisamente esta noche te traía un pequeño obsequio... El brazalete que te prometí. Déjame que lo coloque en tu brazo. Mira, es de oro verdadero. Toma, te lo doy para ti... y te prometo que nunca más te pediré un beso... Esperaré que me los des tú... Buenas noches, querida.

—Buenas noches, mi comandante; gracias por tu generosidad—murmuró Cigarette, mirando el brazalete que acababa de colocar en su brazo aquel hombretón que ante ella se convertía en un chiquillo inocente.

Doyle se alejó y Cigarette permaneció unos momentos contemplando aquella joya que el comandante le había regalado. Luego la arrancó con rabia de su brazo, la arrojó lejos y desplomándose sobre la cama lloró con grandes sollozos toda la amargura que había almacenado durante aquellas horas angustiosas y largas de espera, durante aquellas horas que había permanecido en vano ante la mesa del

café, anhelando que llegara el sargento Víctor, el único hombre que había penetrado en su corazón y que ahora se burlaba de ella despiadadamente.

El sargento Víctor no se burlaba de Cigarette; la había olvidado por entero, sencillamente. Con esa inconsciencia tan masculina, con ese despegue que tanto daño hace, con la atolondrada irreflexión del hombre que no da importancia ninguna a un sincero cariño de mujer, Víctor se había lanzado con toda su alma a su nueva aventura, a su nueva ilusión, a la luz que había venido a iluminar su existencia de paria trayéndole el recuerdo lejano de la patria y de su pasada vida de gran señor. Víctor sólo pensaba en Venetia y se había olvidado enteramente de la pobre muchachita del café, de aquella chiquilla insignificante, de aquella criatura, buena para divertirle unos momentos, pero que nunca podría tomar en su existencia una preponderancia definitiva como la que acababa de tomar la aristocrática Lady Venetia.

Había Víctor conseguido convencer a la inglesita para hacer juntos la excursión hasta el oasis de Maibou. Las noches clarísimas del plenilunio favorecían la excursión, y Víctor había asegurado a Venetia que el espectáculo del

oasis a la luz de la luna era un espectáculo que jamás podía olvidarse cuando se había visto.

Venetia se dejó convencer. Sentíase extrañamente atraída hacia el desconocido sargento del Tercio y observaba que su alma despertaba con ese dulcísimo aletear del primero y sincerísimo amor.

Habían cabalgado en silencio hasta llegar al oasis. La calma serena de la noche, la soledad imponente del desierto, el silencio de las arenas sin fin que incluso apagaban el paso de los caballos, hacían enmudecer los labios. En la grandiosidad magnífica de la hora, la palabra hubiera parecido una profanación.

Descendieron de los caballos al llegar al oasis. Venetia se apoyó suavemente en el brazo de Víctor y caminaron por aquella maravilla sin decirse una palabra, como si anduvieran entre sueños, como si no fueran dos seres humanos, sino dos espectros surgidos de un rayo de luna.

—Impone el silencio... Sobrecoge la belleza del paisaje... Hace temblar la grandiosidad de este momento... — susurró Venetia con un ligero calofrío de emoción—. ¡Cuánta belleza encierra este lugar!... ¡Qué extrañas historias hace despertar en la imaginación!...

Las palmeras milenarias... los muros derruidos de algún templo antiguo... las piedras seculares esparcidas por el suelo... y allá arriba esa luna que nos mira con su cara burlona y misteriosa, como si ella conociera todos nuestros secretos y se complaciera en mostrarse impenetrable...

—Sí, historias extrañas y reales al mismo tiempo... Centenares de ellas podría contarle de este lugar, del desierto todo... Cada arena del desierto es una historia distinta... y muy parecidas todas entre sí... porque todas son historias de amor... ¿Quiere que le cuente alguna?

—La que quisiera escuchar, acaso usted no quisiera contármela — replicó Venetia, fijando su mirada en los ojos de Víctor, que la contemplaban extasiados—. La única historia que en estos momentos me interesa, es la suya propia — añadió la joven, sin apartar su mirada de la mirada de Víctor que por un momento se nubló y se entristeció, como si un negro nubarrón hubiera cruzado por su mente.

—Mi historia... no tiene ningún atractivo; es triste, cansa, no interesa... No tiene aventuras intrincadas... Es una historia tediosa que seguramente la aburriría desde su comienzo...

—¿Tediosa?... Estoy segura de que ha de ser sumamente interesante...

—Sí la historia de mi vida puede tener algún interés... lo tendrá a partir de este instante — replicó Víctor oprimiendo suavemente el brazo de Venetia.

—¿Desde este momento? — inquirió Venetia, acercándose más a Víctor como si sintiera el atractivo de sus miradas, de sus insinuaciones veladas, del amor que le ofrecía en silencio y que su corazón de mujer adivinaba.

—Sí... desde este momento, mi historia puede ser una historia bellísima y mi dicha puede ser una dicha sin fin... ¡Venetia, te amo, te amo ciegamente, locamente, con toda mi alma! — dijo Víctor con vehemencia.

Lady Venetia no respondió, pero se dejó estrechar por aquellos brazos amantes, y dejó que sus labios se confundieran con los labios de Víctor en una caricia sin fin, embriagadora y dulcísima...

El sol del amanecer, aquel sol enorme, amarillento, perezoso, que se alzaba con lenta majestad en los confines del desierto, iluminó las figuras de Víctor y Venetia, dormidos sobre la arena, amorosamente enlazados. Aquella noche había sido para aquellos dos seres perdi-

dos en la soledad del desierto, la noche grande y magnífica del amor, del verdadero amor, del amor que todo lo da y que nada exige.

Se miraron sorprendidos a los ojos, sin acertar a explicarse lo que entre ellos había sucedido, adormilados aún por aquel sueño tan dulce que les había mecido con la blandura con que el céfiro nocturno había mecido las hojas de las palmas. De pronto, Venetia recordó todo cuanto había pasado, y una ola de rubor le invadió las mejillas, haciéndola doblemente hermosa.

—No... no... Calla —murmuró tapando con su mano la boca de Victor que iba a hablar—. No me digas nada... no rompas el encanto de estas horas divinas e incomparables... Déjame partir sola... Hasta pronto...

—Hasta siempre... —murmuró Victor, viendo a Venetia montar rápidamente a caballo y partir a galope, aureolada por aquel nimbo de luz que en torno suyo, como para protegerla, hacía reverberar el sol naciente.

* * *

En el cuartel general de las tropas regulares, el gobernador, enviado especial para lograr la pacificación de las tribus insurrectas, hablaba con los jefes y oficiales del ejército y con uno de los árabes adictos a la causa europea.

Inglaterra y Francia querían luchar unidas contra la sublevación de las tribus que amenazaban las posesiones africanas de los dos países, y aquella conferencia reunía a los dos representantes de ambas naciones.

—Sidi Ben Hamidou—decía el gobernador mostrando al moro que estaba entre ellos— es adicto a nuestra causa. Durante mucho tiempo hemos tenido que luchar contra Sidi Ben Youssiff, uno de los cabecillas de las tribus rebeldes y el más temible de todos ellos. Sidi Ben Hamidou nos ha prestado siempre su valiosa ayuda en los momentos de peligro y, ahora que volvemos a temer un movimiento de sublevación, Ben Hamidou se ha ofrecido también a ayudarnos. Só-

lo quiere la garantía de que Inglaterra y Francia lucharán las dos a su lado.

—No se escapará a ustedes —dijo el representante de Inglaterra— que he venido aquí, delegado por mi gobierno, para ponerme enteramente a sus órdenes: Inglaterra no quiere luchar contra Francia, sino contra los insurrectos.

—Ben Hamidou nos prestará su ayuda, pero dice que también necesita la nuestra, ya que sus propias tribus comienzan a seguir las doctrinas de su enemigo Sidi Ben Youssiff. Ben Hamidou quiere tener la certeza de que no surgirán diferencias entre Francia e Inglaterra.

—Sidi Ben Hamidou puede tener esta absoluta certeza. Inglaterra estará al lado de Francia en estos momentos difíciles de la colonización africana. La amistad entre Francia e Inglaterra sigue en los mejores términos y los dos países se ayudarán mutuamente para reprimir la revuelta provocada por Sidi Ben Youssiff.

—Gracias, señores—dijo entonces Sidi Ben Hamidou, saludando con el profundo saludo musulmán—. Era cuanto deseaba conocer. Si Francia e Inglaterra están dispuestas a ayudarme, ahora mismo iré a parlamentar con los demás

jefes de las tribus. Esta misma noche volveré con la contestación.

—Está bien. Esperamos el triunfo de sus negociaciones, Sidi Ben Hamidou—dijo el gobernador, saludando al árabe que se alejó arrebuñado en su chilaba.

Pasaron las horas. En el cuartel general se esperaba con impaciencia la vuelta de Sidi Ben Hamidou con el mensaje que trajera de las tribus enemigas. De aquel mensaje dependía la paz en el territorio. Si Ben Hamidou no lograba convencer a los otros jefes, la guerra comenzaría con toda su crueldad y toda su saña.

Anocheceía ya y Sidi Ben Hamidou no volvía al cuartel general, como había prometido. Comenzaba a correr una extraña impresión por todos los espíritus, pero nadie se atrevía a manifestar su inquietud.

Cuando la noche cerró, un grupo de jinetes moros se acercó a galope al cuartel general, disparando al aire sus carabinas. Aquel inesperado simulacro de ataque, hizo cundir la alarma por todos los cuarteles, y los soldados se precipitaron rápidamente al lugar de donde provenía aquel desbarajuste. El comandante Doyle daba a voz en grito sus órdenes, pero el

desconcierto era tan grande, que no lograba dominarlo.

El grupo de jinetes se acercó cuanto pudo al cuartel general y, casi frente al Estado Mayor, dejó caer el cuerpo exánime de un moro. Luego, siempre a galope tendido y sin dejar de disparar sus armas para sembrar la alarma y tener segura su retirada, se alejó rápidamente.

Entonces se pudieron acercar al cuerpo que habían arrojado allí como cosa inútil. Era Sidi Ben Hamidou, que había pagado con su vida su fidelidad al invasor. En la espalda, clavado con un puñal, llevaba un letrero enorme que decía escuetamente una sola palabra: "GUERRA".

—Espantosa manera de declarar la guerra—contestó con horror el representante de Inglaterra apartando los ojos del macabro espectáculo.

—Es su contestación—se limitó a decir el gobernador francés.

—Señores, les ruego que me disculpen, pero voy a dar mis órdenes —añadió el coronel Ferol, alejándose y llamando al comandante Doyle para organizar la partida de las tropas regulares hacia los lugares de combate.

—Comandante Doyle —le dijo—, le voy a confiar una misión

de suma importancia y a entregarle un puesto de máxima responsabilidad. Si logra triunfar, la revolución habrá quedado vencida. Comandante Doyle, usted es el único que puede llevar a feliz término esta misión: es preciso que organice su batallón y que salgan inmediatamente hacia Abu Hamid. El objeto de este viaje es evitar que las tropas capitaneadas por Sidi Ben Youssiff logren reunirse: el punto de reunión es Abu Hamid. La misión es peligrosa y es difícil: por eso la confío al mejor de mis comandantes.

—Gracias, señor —replicó Doyle, halagado por las palabras de su coronel.

—¿Cuándo cree tener todo dispuesto para la partida? —inquirió Ferol.

—Antes de media noche, señor.

—Perfecto. Buena suerte.

—A la orden, mi coronel.

Cambiaron el saludo militar y se separaron sin añadir palabra. Los dos sabían que la misión era peligrosa, que iba a jugarse la vida el batallón de hombres que partían a cumplirla; pero los dos sabían también que la vida de todos aquellos hombres habría de inmolarse si la patria lo exigía. Y en aquellos momentos la patria exigía aquel sa-

crificio y ellos lo realizaban con valor y con estoicismo.

Doyle se apresuró a poner en movimiento a todos sus hombres. Había prometido partir antes de la media noche y no podían distraerse. En el cuartel todo fué movimiento, prisas, griterío, desorden. Los hombres iban de un lado a otro arreglando sus cosas y entre tanto bromeaban unos con otros respecto a la expedición de la que muchos no habían de volver.

Victor se pulía el correaaje como si tuviera que asistir a una recepción oficial, cuando se le acercó Rake, su antiguo ayuda de cámara, y le dijo hondamente impresionado:

—¿Sabe a quién he visto ahora, hace un momento?

—No, no tengo el sentido de la adivinación. ¿A quién has visto?

—A Lord Seraph... Ha venido como representante de Inglaterra.

—¡Lord Seraph!... ¡No!... ¡No es posible! — exclamó Victor visiblemente turbado por aquella noticia.

—Sí, sí señor, era él en persona... Y aquella señorita tan bella que estuvo aquí en el cuartel el otro día, es su sobrina...

—¿Lady Venetia sobrina de Lord Seraph?... Rake, cuidate de

mi equipaje... Tengo que salir inmediatamente del cuartel...

—¡Pero si partimos antes de media hora, señor! —arguyó el criado.

—No importa... Es preciso que Lady Venetia me devuelva el caballo tallado que le di. En la parte del soporte grabé el nombre del caballo: "Forest King". Si Lord Seraph ve ese nombre... No, no puedo dejar que me reconozcan... He de recuperar ese caballo... Volveré antes de que parta el batallón...

Victor salió precipitadamente, y con paso presuroso llegó hasta la verja del Hotel en donde Lady Venetia se albergaba. Allí se detuvo y miró en torno para ver si alguien le observaba. Era una hora en que todos debían estar en el comedor o en los salones del Hotel, y Victor pensó que le sería fácil llegar hasta la habitación de Lady Venetia, para recuperar su caballo sin ser visto de nadie, cuando de pronto, una voz conocida llegó hasta él, turbándole: era la voz de Cigarette que le llamaba y que llegaba hasta él, corriendo como una gacela.

—¡Victor!... ¿Qué es de tu vida?... ¿En dónde te metes que no te dejas ver en parte alguna? ¿Por qué no has ido a mi café?... ¡Te he estado esperando dos noches enteras!... ¿Por qué no has ido a ver-

me? — preguntó con afán, queriendo que Víctor le diera una excusa que mitigara los celos que le roían el alma.

Pero Víctor estaba demasiado preocupado en sus propias cavilaciones para fijarse en la angustia de Cigarette, y replicó distraídamente:

— ¡Oh, querida, perdóname, pero no he podido!... Perdóname, Cigarette, pero tengo prisa y no puedo detenerme a hablar...

Cigarette le detuvo el paso, angustiada:

— ¿Te marchas sin decirme adiós?

— No, no... Ya volveré a decirte adiós, créeme — murmuró Víctor, cada vez más distraído, sin ver la angustia que se reflejaba en los ojos de Cigarette.

— ¿Volverás a decirme adiós?... ¿Es todo cuánto tienes que decirme? — inquirió la chiquilla, sintiendo que las lágrimas le nublaban las pupilas.

— Perdóname, perdóname... No puedo entretenerme... — repitió Víctor, alejándose en dirección al interior del Hotel, mientras Cigarette le miraba con sus grandes ojos entristecidos, y su boca, aquella boca que sólo había sabido reír hasta entonces, contraída por el más atroz de todos los dolores:

el dolor ocasionado por unos celos locos que la torturaban espantosamente.

Víctor se deslizó como una sombra a través del amplio parterre que precedía la entrada del Hotel, y evitando ésta, se fué arrastrando hasta el pie del balcón de la habitación de Venetia. Entonces, tras una breve vacilación, trepó rápidamente y penetró en el cuarto de la joven después de haber comprobado a través de las cortinas del balcón que nadie podía verle. Se acercó, como ladrón furtivo, al tocador, abrió uno de los cajones, revolió en busca de aquel caballo que podía delatarle, de aquel caballo que nunca debía haber salido de sus manos, de aquel caballo que había tallado con amor y que era una obra perfecta de reproducción del original... ¡Si no le hubiera puesto el nombre!... ¡Pero en él estaba incluso el nombre: "Forest King", para que la delación fuera más absoluta!

Así, buscando en el cajón, le encontró Lady Venetia que llegaba en busca de algo olvidado.

— ¡Víctor! — exclamó la damita con alegría al ver a su amado, sin darse cuenta de que le encontraba en su cuarto en una hora intempestiva y en una actitud sospechosa—. ¡Cuánto me alegra verte

aquí... Si tú no hubieras venido yo hubiera ido a verte... Sé que partes dentro de media hora con tu batallón, y que vas a llevar a cabo una difícil misión militar.

—Venetia —interrumpió Victor, mirando a su amada de un modo triste y doloroso—, he venido a pedirte un favor, un gran favor, algo muy importante para mí... Es preciso que me devuelvas el caballito tallado que te di la otra noche...

—¿Por qué?... ¡Es mío y estoy enamorada de la estatua!...

—Es verdad... es tuyo porque yo te lo di... pero necesito que me lo devuelvas... Ahora no puedo explicarte el por qué... Acaso otro día, lo sepas... Pero ahora te suplico que me lo devuelvas sin pedirme explicaciones.

Venetia sonrió con dulzura.

—Sólo te lo devolveré, querido, con la condición de que vuelvas a darme cuando regreses de esa expedición.

—Cuando yo regrese tú estarás ya en Inglaterra—dijo Victor con amargura, cogiendo a Venetia por los brazos y mirándola apasionadamente.

—¡Oh, no, Victor, no, jamás te dejaré!... No protestes; sé lo que vas a decirme: que no conozco nada de ti más que a ti mismo... Es cuan-

to deseo conocer... El pasado se olvida... El futuro se puede construir, y en él podemos levantar los dos nuestra mutua felicidad...

—¡Mi vida! Tus palabras son muy dulces a mi oído... pero son una locura...

—¿Locura?... No, Victor, no, cuando dos seres se aman como nos amamos tú y yo, separarse así, bruscamente, como tú quieres, es locura... lo demás, no... Tú no serás siempre un legionario anónimo; cumplirás el servicio y luego...

—Acabaré de cumplirlo en una prisión —concluyó Victor, bajando la cabeza.

—No quiero creerte; no puedo creerte. Mírame —dijo Venetia, obligando a levantar la frente a Victor—. Eso lo dices para amedrentarme, para que te olvide, pero no lo conseguirás, mi vida... ¿Tú podrías olvidarme?

—No; jamás...

—¿Y... quieres que te espere?—inquirió ella, apoyando con mimo su cabeza soñadora en el hombro fuerte del hombre.

—¡Oh, mi vida!—suspiró Victor, aspirando el perfume embriagador que emanaba de aquel cuerpo joven y bellissimo.

—Entonces te esperaré; pase lo que pase seré siempre tuya, sólo tuya, Victor, amado mío...

—Alguien te llama, Venetia — dijo Víctor al escuchar una voz lejana, que había pronunciado el nombre de su amada.

—Es mi tío... Espérate; te presentaré.

—¡Oh, no, no quiero que me vea! — replicó Víctor con sobresalto, abrazando estrechamente a aquella mujer, de la que le costaba un trabajo enorme separarse.

—Víctor, Víctor mío... aquí me encontrarás cuando regreses... Te amo, Víctor, te amo con toda mi alma.

—¡Mi vida!... Cada noche, en el desierto, pensaré en ti, en mi mujercita adorada. ¡Adiós, Venetia!... — murmuró Víctor, besando apasionadamente una y mil veces a aquella criatura encantadora.

—Adiós, no... Hasta pronto — corrigió ella, sonriendo y despidiéndole hasta que lo perdió de vista en la oscuridad de la calle.

Entretanto, Cigarette había ido a refugiarse a su café, entre los muchachos que la querían como a una hermana, como a una novia ilusoria, como a un juguete preferido. Pero la chiquilla que siempre les había alegrado con sus carcajadas francas y argentinas, que siempre tenía una palabra de cariño para todos y para cada uno, estaba hoy triste, infinitamente triste, con

esa tristeza que hace asomar las lágrimas a los ojos y que pone un nudo torturador en la garganta.

Al pasar junto a una de las mesas, Doyle la detuvo por un brazo y la zarandeó con loca alegría:

—¡Cigarette! ... ¡Cigarette! ... ¡Me han ascendido a coronel! — le gritó, mostrando la orden de ascenso que le había sido concedida al confiarle la peligrosa misión—. ¿No lo ves?... ¿No me dices nada?... ¿Pero qué te pasa, criatura?... ¿Estás llorando? ¡Por todos los santos de la corte celestial, dime qué te pasa! — gritó Doyle, exasperado ante el mutismo de la pequeña que lloraba en silencio con hondos sollozos de desesperación.

—Lloro... porque... porque te marchas — contestó Cigarette, en medio de sus lágrimas.

—¡Mientes! — gritó Doyle, mirando fijamente a la niña—. Lloras por ese maldito sargento que te ha sorbido el seso. ¿Crees que no he notado la indiferencia con que me tratas desde el día que ese maldito inglés llegó aquí? ¡Si desde entonces no has tenido ojos más que para él!...

—No, no es cierto... No me importa nada ese sargento...

—No me sigas mintiendo, que no sabes mentir — replicó Doyle,

zarandeando a la chiquilla que, en un gran sollozo, exclamó:

—Sí, tienes razón, miento, miento... Le amo, le amo, le amo...

Y echó a correr, huyendo de aquellas manos que querían detenerla, no sabía si para acariciarla o para despedazarla de rabia.

* * *

Victor había salido con su batallón en dirección a Gardia, el lugar donde era preciso evitar que las tribus de Sidi Ben Youssiff se reunieran. La expedición era en exceso peligrosa y todos los hombres lo sabían. Pocos tenían miedo, porque cuando se habían alistado en la bandera del Tercio, ya se habían hecho el ánimo de morir, si no lograban salir vencedores. Todos iban a la expedición con el convencimiento de que no habían de volver de ella, y todos arrostraban el peligro con una sonrisa estoica en los labios.

La patrulla capitaneada por Victor se vió pronto atacada por una patrulla de árabes.

Cogidos a traición los soldados del Tercio se vieron considerablemente diezmados, y Victor tuvo que ordenar el regreso a la base para reponer fuerzas y suplir a los que habían caído.

El coronel Doyle miró a Victor con odio cuando se presentó ante él y le preguntó con suma ironía:

—¿Es usted el único que ha quedado de su patrulla?

—No, señor; nos han capturado a seis hombres, nos han matado a cinco y uno ha desaparecido.

—Bien, reponga a los que faltan y parta de nuevo a Gardia—ordenó Doyle implacable.

De nuevo, Victor partió hacia aquel lugar de peligro, y de nuevo tuvo que volver a la base en busca de refuerzos. Los árabes atacaban siempre a traición, cuando menos se les esperaba, y la patrulla sufría seriamente en aquellos ataques. Pero Doyle se mostraba inflexible y una y otra vez ordenaba a Victor que volviera sobre sus pasos con hombres de repuesto.

Ya había esto sucedido varias veces, cuando Victor, después de

dar su información acostumbrada a Doyle y de haber oído de boca de éste la orden terminante de volver a Gardia, le dijo, mirándole fijamente como si quisiera penetrar en lo más hondo de su alma:

—Supongo que lo que usted quiere es que yo me quede allá para siempre.

—¿Cómo se atreve usted a decir eso? —replicó violentamente Doyle.

—Porque todo lo confirma. He hecho por tres veces esa expedición peligrosísima y las tres veces me ha ordenado usted que volviera allá como si quisiera que fuera mi vida la que se perdiera en ese ataque constante que recibimos de los moros. Por desgracia... para usted, vuelvo a reaparecer en el cuartel general... y eso parece que le molesta a usted grandemente, ¿no es cierto?

—¿Pretende usted insubordinarse contra un superior?—inquirió Doyle con la mirada llameante.—¿Sabe usted lo que en el Tercio significa insubordinación?

—Sí... Quiere decir la muerte... Morir de un modo o de otro no tiene importancia, cuando lo que se pretende es acabar con una vida —respondió Víctor con amargura e indiferencia.

—Pues cumpla usted con las

órdenes recibidas, si le es igual morir de una u otra forma.

Víctor salió del despacho de Doyle para cumplir las órdenes. Necesitaba veinte hombres más. Y lamentaba que sus compañeros tuvieran que seguir aquella suerte peligrosa a la que les lanzaba Doyle sólo por el placer de vengarse de él. Pero no quería discutir la orden recibida. Víctor había ido al Tercio a olvidar y no a discutir. Por eso bajaba la cabeza y acataba las órdenes recibidas, aunque sabía que en ellas había toda la ira que pueden inspirar unos celos fundados y mal reprimidos.

Víctor partió de nuevo, seguro de que aquella era la última vez que veía la ciudad en donde Venetia le estaba esperando... Tenía el presentimiento de que iba a morir en la lucha, ahora que él quería vivir para poder alcanzar la felicidad soñada. Y partía con el alma llena de añoranzas, pensando en aquella mujer incomparable que había iluminado su vida de solitario, con la luz de la ilusión y de la esperanza.

Venetia le esperaba, le esperaba ahora con mayor ansia que nunca, pues ahora sabía que Víctor era digno de su amor, que Víctor no había cometido acción alguna de la que pudiera sonrojarse, que Víctor

era no sólo un hombre honrado, sino un hombre que había sabido sacrificarse en silencio para salvar el honor de otro hombre... ¡Oh, qué bella historia sabía ahora Venetia!... Había, por fin, podido conocer la verdadera historia del sargento Víctor, de aquel hombre que le había interesado desde el primer momento y del que no sabía nada, absolutamente nada más sino que era un anónimo soldado del Tercio cuando con él vió deslizarse una noche maravillosa de plenilunio en el rincón más encantador de la tierra, en aquel oasis de Maibou que toda la vida había de ser para ella el más bello recuerdo de su existencia.

Venetia había sabido la historia de Víctor por boca de su propio tío, de Lord Seraph, el representante de Inglaterra que, estando un día en la habitación de su sobrina, descubrió el magnífico caballito tallado por Víctor y después de haber admirado su forma, su línea perfecta, su construcción armoniosa, había mirado al dorso de la base de la estatuita y había leído aquel nombre que, por esta vez, era como el nombre de un talismán maravilloso: "Forest King".

—Venetia, ¿de dónde has sacado esta estatuita tan bella? — preguntó Lord Seraph, asombrado

al leer aquel nombre que le era tan conocido.

Venetia se sonrojó levemente y replicó:

—Me lo regalaron... ¿Por qué me lo preguntas?

—Por el nombre que hay inscrito al dorso de la base. ¿Lo has leído? Forest King... Forest King es el mejor caballo de carreras de Inglaterra, ¿no te acuerdas? Rafe Brett me lo regaló hace algún tiempo y ahora está en mis establos. Sin el nombre le hubiera reconocido en esta perfecta reproducción suya. ¿Quién puede haberla hecho?

—¿Rafe Brett?... — murmuró Venetia, como hablando consigo misma.

—Sí, ¿no te acuerdas de él? Es aquel muchacho amigo mío, uno de los más populares oficiales de la Guardia Real y el mejor jinete de Inglaterra. Hace mucho tiempo que no le he visto. Desapareció de Londres misteriosamente después de un gran escándalo en el que parecía complicado... Un escándalo que podía haberlo llevado a la cárcel, si no desaparece a tiempo. ¡Simpatíco muchacho el tal Rafael — dijo Lord Seraph.

—¡Simpatíco!... — murmuró Venetia con el pensamiento lejano. Y luego inquirió: ¿Y por qué hu-

hiera ido a la cárcel? ¿Qué delito había cometido?

—Ninguno. Rafe Brett quiso salvar a su hermano menor que era el que en realidad había cometido la falta. Pero el verano pasado ese hermanito de cuidado, tuvo un grave accidente en unas carreras y, antes de morir, rehabilitó a Rafe, confesándose culpable del delito que a su hermano se imputaba.

Venetia permaneció en silencio unos minutos. Pensaba. Pensaba hondamente en aquel soldado desconocido que le había regalado el caballo y que estaba pagando una culpa que no había cometido. Pensaba que acaso su mismo tío pudiera rehabilitar a aquel hombre, y acercándose a Lord Seraph, le dijo, poniéndole una mano sobre el hombro:

—Tío, ese caballito me lo regaló hace pocos días un soldado del Tercio... un legionario inglés.

—¿Un legionario inglés? ¡Díablos!... ¿Y dónde está ese hombre? Estoy seguro de que no puede ser otro que Rafe Brett.

—Tío, ese hombre está en campaña... Se marchó con su batallón a cumplir una misión difícil y delicada... Su vida peligra, tío... Es preciso salvarle.

—¡Claro que es preciso salvarle!... Voy a ordenar que vuelva al

cuartel general. Quiero hablar con él inmediatamente...

—¿Podrás hacerle volver en estos momentos de peligro, tío? —preguntó Venetia, ansiosa, con el alma en los ojos, queriendo escuchar de labios de Lord Seraph las palabras que habían de darle la tranquilidad.

—Sí. Voy a hablar inmediatamente con el coronel Ferol. El le hará volver.

Venetia esperó con ilusión la entrevista que su tío debía tener con el coronel Ferol; pero las noticias que Lord Seraph trajo del cuartel general no podían ser buenas. Se había sostenido un serio combate en Gardia, un combate duro y feroz contra los moros que atacaban por todas partes, y en aquellos momentos de confusión, en los cuales no se sabía el número de hombres que se habían perdido, no era posible dar la orden de regreso a ninguno de los que pudieran quedar con vida.

Enorme cantidad de heridos llegaban del campo de batalla. Venían acarreados por camellos, por mulos, en los más primitivos sistemas de locomoción, mal reposando sobre parihuelas hechas con troncos de árbol, cubiertos con paños ensangrentados, vendados de primera intención por compañeros que

tenían mejor voluntad que conocimientos exactos de medicina y cirugía. En aquel alejado rincón de las colonias africanas no era posible tener un buen material quirúrgico y, sólo en la base de concentración, en donde residía el Estado Mayor, había un hospital donde se podía atender debidamente a los heridos.

Rápidamente había cundido por toda la población la noticia de la catástrofe habida por el Tercio en el territorio de Gardia, y Cigarette había acudido la primera a la entrada de la ciudad para ver la llegada de los heridos, para mirar entre las camillas, con ansia, para preguntar a cada herido que estaba en disposición de responder a sus preguntas, si había visto a Víctor, a su Víctor, al soldado que se había machado, dejándola sumida en el dolor de unos celos que la consumían y la hacían enloquecer de pena.

Cigarette levantaba con angustia la cubierta que disimulaba a cada herido y miraba el rostro de éste con la amargura puesta en los ojos. A cada nuevo rostro que descubría asomaba en sus pupilas un rayo de esperanza. Ninguno de ellos era Víctor, su Víctor amado, aquel al que seguiría amando siempre, siempre, aun después del des-

engaño, aun torturada por aquellos horribles celos que le devoraban el alma.

De pronto, una voz, una voz femenina, la sacó de su abstracción, de su dolorosa búsqueda en la que se paró un momento para mirar con odio a la que se dirigía a ella. ¿Qué quería de ella aquella mujer, aquella gran dama que se lo había robado todo... todo... todo: alegría, esperanza, ilusión?... Cigarette miró fijamente a Venetia que estaba ante ella también con la angustia pintada en su rostro, con los ojos agrandados por el terror, con la boca contraída por la pena.

—Cigarette... — le dijo Venetia — acaso usted sepa... acaso pueda decirme si todavía han de llegar más heridos...

—¿A quién busca? — inquirió Cigarette con acritud—. ¿Al sargento Víctor?... No necesita preocuparse más de él... El sargento Víctor no volverá nunca más...

Venetia abogó un grito de angustia y detuvo a Cigarette por un brazo al ver que quería alejarse de su lado.

—No se marche, por favor, se lo ruego... ¿Qué quieren decir sus palabras?... ¡Oh, dígame lo que ha ocurrido!... Todo es preferible a esta angustia que me mata... Por

favor, Cigarette, dígame cuánto sepa...

—Sí, se lo diré... ¿Por qué no iba a decírselo?... Lo que ha ocurrido es que se ha dado a Víctor un puesto que significa la muerte... porque es un puesto de responsabilidad y de mucho peligro, porque es un puesto que el sargento Víctor no abandonará jamás, jamás, jamás... hasta la muerte...

—¿Cómo sabe usted eso?... ¿Quién se lo ha dicho?

—Me lo han dicho los beridos que llegan del campo de batalla... Puede usted regresar tranquila a su país... No volverá a ver jamás a Víctor...

—Pero... ¿por qué me habla usted con tanta dureza? ¿Por qué pone tanta crueldad en sus palabras? — preguntó Venetia con los ojos inundados de lágrimas, mirando a Cigarette sin acertar a comprender por qué la trataba con estudiada crueldad.

—¿Por qué?... ¡Porque usted me ha robado mi dicha!... Porque le amo como nunca le podrá usted amar... Porque no es un hombre de su clase... sino de la mía... porque es un anónimo soldado del Tercio, sin patria, sin hogar, sin nombre... y yo hubiera sido completamente dichosa a su lado si usted no hubiera venido a robarme el amor de

Víctor... Usted no le podrá amar como yo le amo, nunca, nunca... Usted no le podrá seguir por el desierto como le seguiría yo... No podría resistir las marchas forzadas impuestas a la Legión, como las resisto yo... no le podría cuidar con todo el amor y el desinterés con que le cuidaría yo... Usted no sería capaz de dispararle un tiro en la sien antes de dejarle caer en manos de los árabes, como haría yo... porque usted no sabe lo que es caer en manos de esas tribus salvajes, ni tendría usted valor para sacrificarse hasta este extremo con tal de evitar un dolor mucho mayor a su amado...

Cigarette hablaba con encendida pasión, con vehemencia, y la muchacha inglesa la escuchaba con el alma puesta en los ojos y sintiendo que su corazón se invadía de ternura hacia aquella pobre chiquilla que sufría tan intensamente.

—¡Pobre criatura! — murmuró secándose las lágrimas—. ¡Cuánto le amas!...

—Sí, le amo con toda mi alma, con todos los sentidos, con todas mis fuerzas... y podría salvarle si quisiera... ¿Pero para qué pienso salvarle?... ¿Para entregárselo a usted?... ¡Oh, no, jamás!... Prefiero que muera y que lo devoren los cuervos del desierto.

—¡Oh, no, Cigarette, no!... ¡No puedes dejar que muera, no debes dejar que muera! — gritó Venetia con suprema angustia—. Si tanto le amas le salvarás... ¿No me decías que eras capaz de todos los sacrificios?... ¿Y prefieres dejarle morir a verle feliz entre mis brazos?

—Sí, lo prefiero... ¡Que muera!... No podría yo sufrir el horror de los celos que llevo clavados en el pecho si lo viera feliz en tus brazos... ¡Que muera, que muera, que muera! Así no será para ninguna de las dos...

Cigarette huyó rápidamente antes de que Venetia pudiera responder a aquellas palabras que habían dejado a la damita inglesa un amargo y doloroso sabor. La pequeña

Cigarette, llorosa, desesperada, corrió a encerrarse en su cuarto y, después de haber desahogado todo su dolor en aquellos sollozos que le desgarraban el pecho, hizo un esfuerzo para dominarse, se reflejó en sus ojos una luz nueva y valerosa, y poniéndose en pie en un gesto decidido, murmuró:

—Está bien; le salvaré cueste lo que cueste.

Y salió resueltamente al café y emprendió el camino del desierto. Viéndola alejarse por el arenal infinito, su padre, que comprendió en el acto las intenciones de su hija, se quedó murmurando:

—Mucho has de amar a ese hombre para ir a exponerte a tamaño peligro...

* * *

Difícil era la situación de los soldados del Tercio en el territorio de Cardia. Los árabes habían conseguido cercar a todo un batallón, y el coronel Doyle, empeñado siempre en su idea de aniquilar a Víctor, no cesaba en su afán, aunque veía bien a las claras que

estaba exponiendo la vida de todo aquel pelotón de hombres.

No se le escapaba a Víctor la intención aviesa del coronel Doyle, aunque no acertaba a explicarse la razón de aquel odio declarado y de aquel empeño decidido de acabar con él.

Sólo después de mucha lucha, de terribles encuentros entre los soldados del Tercio y los árabes; sólo después de haber recibido constantemente partes de grupos de hombres que se hallaban casi a merced de los moros, de aquel grupo de hombres capitaneados por Víctor, se decidió Doyle a acudir en ayuda de ellos, poniendo su deber de militar por encima de su odio de hombre.

Doyle salió con sus hombres en ayuda de los que Víctor tenía a su mando. El campo de batalla ofrecía un espectáculo desolador. Doyle se lanzó con brío al ataque. La lucha, después de haber llegado Doyle con sus hombres, fué todavía más encarnizada, más terrible, más cruenta. Doyle daba órdenes y era el primero en avanzar animando con su ejemplo a aquellos que le seguían.

Un disparo, más certero que otros, vino a dar en el pecho del bravo militar que, poniéndose la mano en la herida para contener la sangre que manaba abundantemente de ella, dijo sin alterarse:

—No es nada... Seguid luchando... No necesito socorro... Los árabes están rendidos por nuestro ataque... No tardarán en alejarse, aunque sólo sea por unas horas...

Siguieron luchando los soldados

y, tal como había dicho Doyle, los árabes comenzaron a retirarse. Aquella retirada dió nuevos bríos a las gentes del Tercio que lanzaban gritos de júbilo. Víctor, enjugándose el sudor que le manaba copioso de la frente por la lucha sostenida y por las angustias de aquellos días terribles, arriesgados, difíciles, murmuró mirando a Doyle:

—Era el único hombre de la Legión que podía hacer esto. Es un bravo soldado...

Como bravo soldado, Doyle siguió dando órdenes después que le hubieron practicado la primera cura de urgencia y hubieron vendado la herida profunda que tenía en el pecho. Era preciso aprovechar aquella retirada de los árabes que no tardarían en volver al ataque con nuevos bríos, y Doyle explicaba el plan de combate a sus subordinados; pero no había tenido tiempo de terminar, cuando el vigía colocado en lo alto del parapeto, gritó:

—Vienen sobre nosotros miles de árabes... ¡Nos van a arrollar!... ¡No hay salvación para nosotros!

—¡Siempre puede haber salvación cuando se sabe luchar con arrojo! —replicó Doyle, poniéndose en pie y marchando hacia el parapeto para ordenar la defensa de

aquel grupo de hombres que iban a sufrir uno de los más duros ataques de los moros.

—Si podemos resistir hasta la caída de la tarde, acaso nos den otro respiro para reponer nuestras fuerzas... ¡A luchar, muchachos!

Los moros atacaban ya con los nuevos refuerzos, en un ataque desesperado y ventajoso para ellos, y la lucha se prolongó horas y horas, mucho más allá de lo que humanamente parecía verosímil. A última hora de la tarde, sólo quedaban cincuenta y cinco hombres en pie, y las municiones eran muy escasas. Fué entonces cuando Víctor se dirigió a Doyle y le dijo:

—Si usted me lo permite, intentaré una misión que acaso pueda dar resultado.

—Siéntate... —replicó Doyle, mirando sin odio a Víctor—, siéntate y hablemos con calma... Me parece imposible que todavía estés vivo y que ni tan siquiera hayas recibido una herida... Dime, ¿por qué te has empeñado en robarme a Cigarette?—le preguntó de pronto, con un tinte de amargura que hizo daño al sargento.

—¿A Cigarette?... ¿Qué tengo yo que ver con esa chiquilla?

—Cigarette te ama con pasión... Ella misma me lo dijo...

—¿Y por eso quería usted ani-

quilarme? No, coronel, no... Estaba usted equivocado... no es a Cigarette a quien yo amo... Hay alguien que está a mil codos por encima de ella...

—¡Mientes!... ¡Quieres engañarme!...

—¿Para qué?... Mañana estaremos muertos los dos... ¿Por qué iba a engañarle en estos momentos de prueba?

—Tienes razón... Pero... ¿y esa misión de que me venías a hablar?... ¿Cuántos hombres necesitas para llevarla a cabo?

—Ninguno. Me basto yo solo. Si no vuelvo más... bien, entonces quizá no haya remedio para ninguno de ustedes...

—En ti confío... Buena suerte.

Víctor partió cubierto con un vestido árabe y, protegido por las tinieblas de la noche que ya lo había envuelto todo en sombras, consiguió llegar hasta la lejana tienda en donde Sidi Ben Youssiff tenía su cuartel general, y se hizo anunciar como un viejo amigo de Sidi Ben Youssiff.

Le hicieron llegar hasta la presencia del escabilla moro y Víctor, inclinándose profundamente a la usanza árabe, dijo:

—Estoy muy contento de poder reanudar una antigua amistad, Sidi Ben Youssiff.

—¿Una antigua amistad?... No recuerdo tu cara, cristiano —replicó Ben Youssiff con desconfianza.

—Soy Rafe Brett, de la Universidad de Oxford. Estudiamos juntos. ¿Te has olvidado de los téa del profesor Yorke?

Una sonrisa de satisfacción iluminó el rostro de Sidi Ben Youssiff. Había recordado.

—¡Oh! — exclamó—. ¡Qué divertido resulta esto!... Viejos camaradas, condiscípulos en Inglaterra, que se encuentran ahora en el corazón del desierto como dos enemigos irreconciliables... ¿No quieres sentarte?... Toma una taza de café y charlemos de aquellos bellos tiempos de la Universidad, de nuestra vida de estudiantes... y de por qué vienes a hacerme esta extraordinaria visita...

—Vengo para salvar mi vida... y posiblemente la tuya, Sidi Ben Youssiff — replicó Víctor con seriedad—. Hay un proverbio árabe que tú debes conocer bien, que dice: "Es hombre sabio aquel que sabe firmar la paz a tiempo"...

—¿La paz?—preguntó Sidi Ben Youssiff con desconfianza.

—Hace pocas semanas, un delegado inglés ha llegado a Abeshe, como ya te deben haber informado tus espías... Ahora estás luchando contra los franceses... pero piensa

en lo que sería de ti y de tus tribus si vinieran los ingleses por ese otro lado del desierto y os copaban la salida...

—¿Tropas inglesas en territorio francés? — inquirió siempre desconfiado el musulmán—. ¡Es absurdo!... ¿Me crees tan necio o tan ingenuo que pueda creer esa patraña?

—No es tal patraña... La alianza entre Inglaterra y Francia existe, aunque se ha guardado riguroso secreto acerca de ella... Tú tienes a tus espías, a tus mensajeros... Haz que ellos lo averigüen y verás como no te engaño—replicó Víctor que tenía el convencimiento de sus palabras y afirmaciones.

—Si lo que acabas de decirme es verdad... te estaré reconocido el resto de mi vida y seré tu deudor por el señalado favor que me haces, advirtiéndome del peligro... Si no es verdad, esta amistad que hoy se reanuda, tendrá muy corta duración — dijo Sidi Ben Youssiff con una mirada siniestra...—. Dentro de breves horas lo sabremos—añadió—. Y después de haber dado órdenes en su propio idioma, dijo:— Ahora, si quieres, podemos hacernos la ilusión de que estamos en uno de los téa del profesor Yorke... A ti te gusta el té sin leche y

sin azúcar, ¿verdad?... Ya ves que tengo buena memoria.

Y le sirvió el té, que en lujosa bandeja de plata y oro les presentaba un esclavo.

Victor durmió en la propia tienda del musulmán, vigilado por sus esclavos. Al amanecer, el sol despertó al sargento del Tercio que miró en torno suyo y recordó en el acto su misión, su conversación con Sidi Ben Youssiff, el riesgo al que se había expuesto, todo cuanto en una hora de heroísmo había hecho para salvar a sus compañeros y para ayudar a su patria.

Ben Youssiff entró a saludarle. Su rostro cetrino demostraba una ironía y una ferocidad que no pasaron inadvertidas a Victor:

—¿Has descansado bien? — le preguntó Ben Youssiff—. ¿Te han servido el desayuno? ¿Estás apetitoso?

—Sí, gracias... He dormido perfectamente y he desayunado como una pashá—replicó Victor con calma.

—Me alegro mucho, porque es el último desayuno de tu vida... Me mentiste anoche... Mis muchachos han recorrido el desierto en todas direcciones y no han visto ni rastro de soldados ingleses en parte alguna... y tú sabías que Inglaterra no vendría en ayuda de Francia.

—Lo sabía perfectamente, pero quería ganar tiempo para que nuestras tropas pudieran defenderse mejor y esperar los convoyes de repuesto que mandaban del cuartel general. Y me divertió mucho ver que tú te creías todo lo que yo estaba diciendo.

—¿De veras?... Pues ahora me toca a mí el turno de divertirme contigo.

—Es natural, y espero que ordenes... la clase de diversión que esperas de mí... —replicó Victor con perfecta calma, aunque sabía que se estaba jugando su vida.

—¿Te acuerdas de aquel juego de pelota que jugábamos en Oxford?... Pues bien, ahora jugaremos una partida con mis hombres... pero montados a caballo... y la pelota serás tú... Atadle y conducidle fuera de la tienda—ordenó a los moros que le rodeaban.

Victor no se defendió. Hubiera sido inútil. Le maniataron y a empujones le llevaron fuera de la tienda, seguido de Sidi Ben Youssiff, que quería, no sólo contemplar el martirio, sino tomar parte activa en él.

Pero en el exterior, todo era confusión, gritos, correrías, desharrapaje. Los soldados árabes acababan de ver a un grupo de caballería que venía en dirección a ellos

en plan de ataque y, asustados por aquel inesperado refuerzo que les llegaba a los franceses por el otro lado del desierto, viéndose cogidos entre dos fuegos, horrorizados por el fin que les esperaba, corrían sin orientación, locos de terror, disparando al aire sus armas porque no acertaban siquiera a disparar contra el blanco que ofrecía el pelotón de soldados que llegaba a galope tendido.

Sidi Ben Youssiff daba órdenes de defensa. Se olvidaron del prisionero. Corrieron a refugiarse tras los parapetos unos, mientras otros emprendían huida loca a medida que se iba acercando aquella cabalgata de valientes que Cigarette, la chiquilla que parecía nacida para divertir en el café a los soldados y que ahora mostraba temple y alma de heroína, había ido a buscar por los caminos extraviados del desierto y les había hecho venir allá donde la lucha había llegado a su más alto grado y a su más álgido peligro.

Cigarette cabalgaba también con aquellos hombres, en medio de ellos, como un soldado más. Sólo tenía ante sus ojos la imagen del hombre amado al que corría a salvar, aun sabiendo que, si lograba salvarle, no sería para ella, sino para otra mujer, para aquella mu-

jer que le había robado alegría, felicidad, ilusión, esperanza y ansia de vida, al haberle robado el amor del único hombre que había sabido penetrar en su corazón y le había enseñado a llorar.

La ventaja de la batalla estaba de parte de los que atacaban. Los moros, cada vez más desmoralizados por el número de bajas que tenían, iban huyendo cobardemente, mientras los otros atacaban con mayor ímpetu y con saña más encarnizada. Cuando ya estuvieron muy cerca de la tienda de Sidi Ben Youssiff, entre la confusión de la batalla, Víctor logró reconocer a Cigarette entre los soldados. ¡Cigarette!... Su espíritu se iluminó de pronto... ¡Su Providencia era aquella chiquilla, aquella criatura a la que no había dado importancia, a la que había desdenado, a la que despreció de un modo inconsciente, a la que había humillado sin adivinar el daño espantoso que hacía en aquella alma ingenua de mujer que ahora acudía a salvarle devolviéndole bien por todo el mal que le había hecho!

—¡Cigarette!... ¡Cigarette!...— exclamó Víctor con un grito salido de lo más hondo de su alma.

Cigarette oyó la voz de su amado y sonrió con una inefable sonrisa; pero en aquel mismo instante

una bala fué a clavarse en su pecho y cayó desplomada del caballo. Víctor corrió a ella desafiando el peligro, desafiando las balas que silbaban en torno suyo, no pensando en nada más que en aquella criatura que había sido herida y de cuya muerte sería él el único responsable, si es que llegaba a morir.

—Víctor... —sonrió la niña, cuando vió a su lado al hombre amado.

Víctor la tomó en sus brazos y quiso levantarla del suelo, pero ella murmuró con un hilillo de voz muy tenue:

—No, no. Déjame así... entre tus brazos... no quieras ponerme más alta... aquí estoy bien para morir...

—¿Quién habla de morir?—inquirió Víctor con la angustia reflejada en su mirada.

—Yo... que he visto morir a muchos soldados y que sé bien lo que esto significa... Ya no puedes hacer nada por mí... pero yo he podido hacer por ti lo que ella me ha pedido...

—¿Ella?... ¿Quién es ella?...

—Ella... la señorita inglesa que te quiere... y que me dijo que si yo te amaba de veras, intentaría salvarte... Cuando la veas dile que he intentado salvarte, y que me parece que lo he conseguido, y que soy

muy feliz de morir así, sostenida por tus brazos... ¿Se lo dirás?

—Sí, niña mía, sí... ¿Sufres mucho?

—¡Oh, no, no sufro!... ¿Te acuerdas, Víctor, de aquellas noches que te esperaba en mi café y que tú no venías porque estabas con ella?... Ahora tú vienes y soy yo la que tiene que partir para siempre... Pero te queda ella que te espera...—murmuró la niña, con la voz cada vez mucho más débil.

Víctor no podía replicar, porque sentía la garganta henchida de sollozos y miraba a aquella criatura que le había sacrificado su vida, con la veneración con que hubiera mirado a una santa. Santa, mil veces santa era aquella chiquilla casi salvaje, que con tanta abnegación se había ofrecido en holocausto para salvar al amado. Cigarette, que había permanecido en silencio respirando fatigosamente, abrió de nuevo los ojos y dijo con dulzura:

—Víctor, ¿te acuerdas de aquel día en el desierto...?

—Lo recordaré toda mi vida...

—¿No quieres apostar de nuevo... y ganar, como aquel día?—preguntó ella, ofreciendo sus labios que estaban ya amoratados por la muerte.

Víctor la estrechó fuertemente sobre su corazón y le dió un be-

so largo, dulcísimo, que Cigarette se llevó a la eternidad, porque en aquel beso se le fué la vida, su pobre vida de mujercita amante y

desdeñada que había encontrado el mejor premio en aquella muerte mecida por un beso de amor...

* * *

Reunidos todos los soldados y toda la Plana Mayor del Ejército ante el Cuartel General de Abeshe en torno al túmulo sobre el que yacía el cadáver de la pequeña Cigarette, se rindieron a él los póstumos honores antes de proceder a efectuar sus exequias. Con voz profundamente emocionada, el general pronunció estas breves palabras:

—Estamos aquí congregados para rendir honor a un soldado de Francia muerto en acción durante la batalla que nos permitió ganar el fuerte de Gardia que estaba en poder de los moros. Este soldado al que hoy rendimos los honores póstumos, fué en vida una amiga desinteresada y leal de todos los soldados, fué su compañera alegre y cordial, la que les cuidó en los momentos de dolor, la que les animó en los días de nostalgia y decaimiento. Su muerte ha sido una prueba más de lealtad que tuvo

siempre hacia los soldados del Tercio, sacrificándose para salvar a un grupo de hombres que se hallaban cercados por los moros y cuya muerte era segura. En los Anales de las Mujeres Heroicas, el nombre de Cigarette quedará esculpido entre los primeros. En el corazón de todos los soldados de la Legión francesa, su recuerdo vivirá eternamente. En nombre del gobierno francés y por orden del Estado Mayor Militar, confiero a Cigarette la Medalla del Mérito Militar. ¡Descanse en paz el heroico soldado femenino que ha muerto por nuestra causa y en nuestra defensa!

El general prendió en la bandera que envolvía el féretro la Medalla del Mérito, y una descarga cerrada puso fin a la ceremonia.

Los ojos de Víctor se habían nublado de lágrimas y sólo tuvo fuerza para contenerlas, cuando sintió que una mano femenina oprimía

la suya con un apretón efusivo y, al volver la vista, se encontró con los ojos de Venetia, que también estaban humedecidos por el llanto.

El recuerdo de Cigarette, con-

servado como una maravillosa flor, viviría para siempre en el corazón de aquellos dos seres que debían su felicidad a la chiquilla que por verlos dichosos había dado su vida tan noble y generosamente.

F I N

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
los mejores asuntos
cinematográficos

EDICIONES BISTAGNE

